



**Josef Vázquez**

## **Ocios de mi juventud o Poesías líricas**

En continuación de  
Los eruditos a la violeta

### Índice

El poeta habla con su obra, remitiéndola a un amigo suyo que reside en Madrid

Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse a la poesía y la calidad de los asuntos que tratará en sus versos

Letrilla sincera

Al mismo asunto en metro diferente, declarando su amor a Filis Fruto que deseo sacar de mis poesías

Sobre ser la poesía un estudio frívolo y convenirme aplicarme a otros más serios

Sonetos de una gravedad inaguantable, excepto los finales de cada uno

A la fortuna

Al pintor que me ha de retratar

A la peligrosa enfermedad de Filis  
A un héroe, advirtiéndole que aprecie a los poetas, porque ellos transmiten a la posteridad las hazañas de los hombres grandes  
Anacreóntica  
Pasatiempos  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Carta de Florinda a su padre el conde D. Julián después de su desgracia  
El poder del oro en el mundo. Diálogo entre Cupido y el poeta  
Sencillas ponderaciones de un pastor a su pastora  
A los días del Excmo. Señor Conde de Ricla  
Anacreóntica  
A las bodas de Lesbia  
Anacreóntica  
Cuento  
Letrillas satíricas imitando el estilo de Góngora y Quevedo  
Traducción de Horacio  
Desdenes de Filis  
Glosa  
Injurias al poeta al amor  
A la fortuna  
Al espejo de Filis  
Epitafios para poner sobre las sepulturas de varios amantes  
Felicio, nuevo amante de Filis  
Versos para varias estampas que representan los principales amores de la fábula.  
Sobre los varios méritos de las mujeres  
Traducción de Catulo  
De los amores de varios poetas  
Retráctase el poeta de las injurias que dijo al amor en el mismo metro  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Traducción de Horacio  
Carta escrita desde una aldea de Aragón a Ortelio, que había adivinado la melancolía del poeta  
Mudanzas de la suerte  
Sobre no querer escribir sátiras  
Letrilla  
Canción de un patriota retirado a su aldea  
Anacreóntica  
Anacreóntica  
Renunciando al amor y a la poesía lírica con motivo de la muerte de Filis  
A la muerte de Filis

Anacreóntica  
A la primavera, después de la muerte de Filis  
Lamentos con motivo de la muerte de Filis

Prólogo

Movido de un justo agradecimiento por la favorable aceptación con que el público honró la crítica de los falsos sabios que hice con nombre de los Eruditos a la violeta, compuse y le ofrecí el Suplemento. Y no siendo menor el favor con que le recibí, debe también ser mi gratitud en este caso igual a la que le manifesté en el otro. Pero como la crítica es materia tan delicada que, o suele degenerar en sátira, cosa opuesta a mi modo de pensar, o suele ser una fría repetición de lo ya dicho, cosa igualmente desagradable a los leyentes, he creído más acertado el publicar algunos manuscritos míos sobre varios ramos de literatura, empezando por la poesía.

Estos primeros cuadernillos son por la mayor parte del género menos útil de la poesía, pero del más agradable. Los intitulo Ocios de mi juventud, quedándome algún escrúpulo de que su verdadero título debiera ser Alivio de mis penas, porque los hice todos en ocasión de acometerme alguna pesadumbre, tal vez efecto de mis muchas desgracias, tal vez efecto de mis pocos años, y tal vez de la combinación de ambas causas.

En las materias amorosas he procurado escribir con la modestia de los Argensolas y Garcilaso, y no con la libertad de algunos otros poetas que se hallan impresos y reimpresos.

En el único asunto heroico que he tratado, puedo asegurar que la adulación no me ha dictado un verso; no ha seguido mi pluma otra voz que la de mi corazón.

En los versos en que se toca por incidencia la gloria de mi nación, he procurado hablar con todo el celo que profeso a mi patria y con toda la justicia que le hace la Historia; mayores ingenios lo ejecuten con toda la pompa que ella se merece. Los españoles lo agradecerán, los extranjeros lo aplaudirán; pues el espíritu de patriotismo que reina hoy en todos los países de la Europa hace que los hombres juiciosos de cada uno estimen a los que se declaran patriotas respectivamente en los suyos. Cuanto dijo Virgilio en alabanza de la gente romana, ponderando lo arduo que fue formar aquella nación gloriosa, atribuyéndola el derecho de destruir a cuantas se resistiesen a su poder, y de perdonar a cuantas implorasen su gracia, y profetizando una duración sin límite, ha sido justamente repetido en cada nación con más o menos verdad, pero con igual razón política, cual es el estímulo de los vivientes con los nombres de los muertos.

No creo que merezca menos mi patria, ni lo creará su mayor enemigo, si lee nuestros anales, no sólo en la parte impresa por los españoles sino en la que dejaron escrita los romanos.

Hasta aquí por lo tocante a mis poesías en particular. De la poesía en general sería muy inútil referir su dignidad y mérito. Si en este siglo la

han hecho menos apreciable algunos que han usurpado el título de poetas, sin tener la menor calidad para merecer este timbre, queda muy desagraviada la facultad con retroceder en la Historia y ver la consideración que obtuvieron en la corte y en la nación los que manejaron la lira con la misma mano y en el mismo tiempo que los negocios mayores de la religión, estado y guerra. Los nombres de Rebolledo, Ercilla, Hurtado de Mendoza, León y otros hacen ver lo compatible que es esta diversión con las ocupaciones mayores.

El erudito patriota que hace a la nación el servicio de publicar los extractos de nuestros poetas antiguos, nos da una noticia muy exacta del nacimiento y fortuna de los príncipes de nuestro Parnaso; y su lectura nos muestra evidentemente que los poetas verdaderos, aun en nuestros siglos más gloriosos, no tuvieron menos nombre en la república civil que en la literaria.

El poeta habla con su obra, remitiéndola a un amigo suyo que reside en Madrid

Id, versos dichosos,  
id, consuelos míos,  
a la excelsa Corte  
del rey más benigno.  
Desde esta cabaña 5  
de techo pajizo,  
que fue vuestra cuna  
y mi dulce asilo,  
llegad hasta donde  
el humilde río 10  
los cimientos baña  
del palacio altivo.  
Mas no la inocencia  
de ser hijos míos,  
en llanto engendrados 15  
y en pena nacidos,  
os lleve engañados,  
con afán continuo,  
buscando un Mecenas  
entre los validos. 20  
¡Qué mal entre adornos  
de dorados libros  
parecen las hojas

del libro sencillo  
en que mi tristeza 25  
gravó mis suspiros!  
Tampoco a los sabios  
lleguéis atrevidos,  
pidiendo que os pongan  
al lado de Ovidio, 30  
Boscán, Garcilaso,  
Marcial y Virgilio,  
Argensola, Lope  
y Homero divino.  
No entréis tan endebles 35  
en tanto peligro,  
que corren gran riesgo  
en un golfo mismo  
las barcas pequeñas  
entre los navíos 40  
que llevan de Cádiz  
a los mares indios  
las armas de Carlos,  
su fe y su dominio.  
Si acaso llegáis, 45  
(¡oh cuánto os lo envidio!)  
llegad preguntando  
por un buen amigo,  
de prendas completo  
y libre de vicios, 50  
con dulzura sabio,  
sin arte, benigno.  
Por estas señales  
a Ortelio os dirijo.  
Ya esté con su padre, 55  
de quien es alivio;  
ya esté, como suele,  
allá en su retiro,  
contando en los astros  
las fuerzas y giros; 60  
o ya del teatro  
en el noble circo,  
aplaudiendo gracias  
o tachando vicios;  
o ya con su Lisis 65  
(que también le he visto  
pagar el tributo  
de gozo y suspiro  
al sexo amoroso,  
con afecto fino), 70  
llegad a su pecho,  
archivo del mío,  
y decidle: «¡Ortelio!

con paz recibidnos;  
venimos de parte 75  
del triste Dalmiro».

Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse a la poesía y la calidad de los asuntos que tratará en sus versos

Caro lector, cualquiera que tú seas  
el que mis Ocios juveniles veas,  
no pienses encontrar en su lectura  
la majestad, la fuerza, la dulzura,  
que llevan los raudales del Parnaso, 5  
Mena, Boscán, Ercilla, Garcilaso,  
Castro, Espinel, León, Lope y Quevedo.  
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.  
Sé que el mortal a quien benigno el hado  
la morada del Pindo ha destinado, 10  
halla en su cuna la sagrada rama  
con que se sube al templo de la fama.  
Tanta dicha a los cielos no he debido,  
bajo tan fausto signo no he nacido.  
En falsas cortes y en malicia fiera, 15  
de mi vida pasé la primavera;  
jamás compuse versos hasta el día  
que me dejó la estrella más impía  
a mi pena y rigor abandonado,  
objeto débil del rigor del hado; 20  
y con amor y ausencia, mal más fuerte  
que cuantos he nombrado y que la muerte.  
Entonces, por remedio en mi tristeza,  
de Ovidio y Garcilaso la terneza  
leí mil veces, y otros tantos gozos 25  
templaron mi dolor y mis sollozos.  
Huyendo de los hombres y su trato,  
que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,  
sentado al pie de un álamo frondoso  
en la orilla feliz del Ebro undoso, 30  
¡cuántas horas pasé con los sentidos  
en tan sabrosos metros embebidos!  
¡Ay, cómo conocí que en su lectura  
derramaban los cielos más dulzura  
que en el divino néctar y ambrosía! 35  
Mi tristeza en consuelo convertía,  
y mis males yo mismo celebraba

por la delicia que en su cura hallaba.  
Así como se alienta el peregrino  
cuando encuentra con otro en el camino, 40  
y con gusto el piloto al mar se entrega  
si otro con él el mismo mar navega;  
como se alivia el llanto si un amigo  
de nuestras desventuras es testigo;  
así los tristes versos que leía 45  
templaban mi fatal melancolía,  
hasta que en ellos me dispuso el cielo  
de todo mi dolor total consuelo.  
Así mi alma al Pindo agradecida,  
cultivarle juró toda la vida. 50  
Con pecho humilde y reverente paso  
llegué a la sacra falda del Parnaso  
y, como en sueños, vi que me llamaban  
desde la sacra cumbre y me alentaban  
Ovidio y Laso, a cuyo docto influjo 55  
mi numen estos versos me produjo.  
Todos de risa son, gustos y amores.  
No tocaré materias superiores.  
De los supremos dioses y los reyes  
la oscura voz y las secretas leyes, 60  
los arcanos, enigmas y misterios  
no digo con osados versos serios;  
antes con más sencillo y bajo tono  
celebro la cabaña y dejo el trono.

Ya canto de pastoras y pastores 65  
las fiestas, el trabajo y los amores;  
ya de un jardín que su fragancia envía  
escribo la labor y simetría;  
ya del campo el trabajo provechoso,  
y el modo de que el toro más furioso 70  
sujete al yugo la cerviz altiva,  
y al hombre débil obediente viva;  
ya canto de la abeja y su gobierno,  
y el dulce tono del jilguero tierno.

No mido con inútil osadía 75  
cuánto anda el astro que preside al día,  
ni celebro vilmente a los varones  
funestos a la paz de las naciones.  
Matar los hijos, degollar las madres,  
violar las hijas, afrentar los padres, 80  
lleven al hombre al templo de la gloria  
al toque del clarín de la victoria;  
pero jamás con versos inhumanos

héroes he de llamar a los tiranos.

Y di, lector, ¿acaso nos importa 85  
(pues la vida es tan frágil y tan corta)  
que Febo dé su vuelta concertada,  
siendo la Tierra la que está parada,  
o que, parado el sol, la Tierra suelta  
alrededor de Febo dé la vuelta? 90  
¿Ni que el piloto audaz y codicioso  
busque nuevos caminos al ansioso  
navío, y que disculpe si es posible  
hallarlos por el paso inaccesible  
hacia el norte del Asia no cursado? 95  
¿O si es mejor el paso acostumbrado  
por donde los gigantes patagones  
admiran los castillos y leones  
en las popas de naves españolas,  
cuando surcan aquellas bravas olas? 100  
No leas con temor. Ni voz ni idea  
verás en mí que indecorosa sea,  
ni ofenderé al pudor más recatado.  
Podrá decir mis versos sin cuidado  
el labio virginal, sin que ofendidos 105  
deje mi blando numen sus oídos.

### Letrilla sincera

El rayo severo  
que Jove vibró  
celebrele Homero,  
que no lo haré yo.

La sátira fiera 5  
que Persio escribió  
cultive el que quiera,  
que no lo haré yo.

Ercilla con arte  
que él mismo probó 10  
celebre a su Marte,

que no lo haré yo.

Del mar que el Troyano  
aumentó,  
escriba el Mantuano, 15  
que no lo haré yo.

Pero del dios ciego  
que Venus parió,  
callen todos luego,  
que bastaré yo. 20

Al mismo asunto en metro diferente, declarando su amor a Filis

No canto de Numancia ni Sagunto  
el alto nombre y la envidiable gloria  
que ninguna nación tiene en su historia.  
No elijo por asunto  
el noble ardor del portugués famoso 5  
que con el traje de infeliz villano  
puso freno afrentoso  
al grande orgullo del poder romano.  
Ni de Pelayo canto las acciones  
con que domó las bárbaras naciones 10  
a España conducidas,  
y en ella mantenidas  
por codicia africana,  
por venganza inhumana,  
y porque estaba España deliciosa 15  
sepultada en el lujo desidiosa.  
Ni tocaré con numen elevado  
la prudencia, virtud, valor y saña  
del valiente extremeño,  
que con glorioso empeño 20  
al terreno envidiado  
llevó las armas de la invicta España.  
Ni canto a Carlos quinto, aquel guerrero  
que prendió de la Francia al soberano,  
venció al francés y castigó al germano, 25  
y al africano fiero.  
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,

que en el mar de Lepanto,  
con grande estrago y susto,  
puso cadena al turco, al orbe espanto. 30  
Ni de Álvaro Bazán, de quien ingleses  
y turcos y franceses  
conservarán impresa la memoria,  
contando en cada acción una victoria.  
Ni el brío más que humano 35  
del Cid Díaz, soberbio castellano,  
que con su lealtad, fuerza y prudencia  
deteniendo la rueda a la fortuna,  
las armas de su rey puso en Valencia  
sobre la media luna. 40  
Ni las hazañas y virtudes raras  
de Córdoba, Navarros y Pescaras,  
Carpíos, Verdugos, Vargas, Mondragones,  
con la turba inmortal de otros varones,  
nobles abuelos nuestros y soldados 45  
en España nacidos,  
en Italia y en Flandes conocidos,  
y por el orbe entero respetados,  
sin que la envidia de la gente extraña  
pueda negar su gloria a nuestra España. 50  
No fue a mi musa dado  
con el horrendo son del bronce herido  
cantar como sagrado  
el guerrero rigor, grato al oído,  
del que entre sangre, robo, rapto y furia 55  
a la infeliz humanidad injuria.

    Mi lira canta la ternura sola;  
Apolo me la dio, Venus templola,  
y aun ella preludió mi dulce acento  
que al céfiro paraba por el viento, 60  
a las aves sacaba de sus nidos,  
al hombre enajenaba sus sentidos;  
a sus sonoras voces  
se amansaban los brutos más feroces,  
y las mismas deidades elevadas 65  
quedaban con sus ecos encantadas.  
Con tal impulso tu favor no imploro,  
familia docta del castalio coro.  
Divinas nueve hermanas,  
no os pido aquellas fuerzas soberanas 70  
con que Homero cantó del griego armado,  
y del cielo en dos bandos separados  
las iras y el rencor. Musas, no os pido  
el numen escogido  
con que cantó Virgilio al pío Eneas, 75

por entre incendios y horrosas teas  
sacando padres, dioses, hijo, esposa,  
de Troya lastimosa;  
venciendo vientos, mares y enemigos  
hasta fundar a Roma. 80  
Diverso vuelo toma  
mi pluma, que al amor he dedicado.  
Porque en metro mezclado  
de gusto y de tristeza,  
celebro de mí Filis la belleza, 85  
y temiendo del hado los vaivenes,  
canto su amor y lloro sus desdenes.

Fruto que deseo sacar de mis poesías

Horacio con sus versos aspiraba  
de la inmortalidad a la alta cumbre;  
en ellos fabricaba  
mansión para su nombre, y discurría  
que al tiempo vencería 5  
y que la muchedumbre  
de días y de meses y de edades  
de las posteridades  
sería con su nombre comparada;  
lo que es la Tierra, de hombres habitada, 10  
respecto de los astros que miramos  
y de los que ignoramos  
en esa inmensa esfera.

Pero mi musa, menos altanera,  
sin aspirar a que sus poesías 15  
sean doctos objetos  
allá en lejanos días,  
cuando vivan los hijos de mis nietos,  
solamente desea  
que en estas hojas mi consuelo vea 20  
en el mar de la suerte en que navego,  
cual pasajero ciego  
y tímido, ignorante  
del rumbo, de las costas y del viento,  
y del mudable y bárbaro elemento, 25  
temiendo a cada instante

hallar segura muerte,  
sin que la aparte mi sollozo blando;  
y no como el piloto osado y fuerte  
que a los cuatro elementos va burlando, 30  
porque las artes sabe  
del viento aleve y la ligera nave.

Sobre ser la poesía un estudio frívolo y convenirme aplicarme a  
otros más serios

Llegose a mí con el semblante adusto,  
con estirada ceja y cuello erguido  
(capaz de dar un peligroso susto  
al tierno pecho del rapaz Cupido)  
un animal de los que llaman sabios, 5  
y de este modo abrió sus secos labios:

«No cantes más de amor. Desde este día  
has de olvidar hasta su necio nombre.  
Aplicate a la gran Filosofía;  
sea tu libro el corazón del hombre». 10  
Fuese, dejando mi alma sorprendida  
de la llegada, arenga y despedida.

Adiós, Filis, adiós. No más amores,  
no más requiebros, gustos y dulzuras;  
no más decirte halagos, darte flores; 15  
no más mezclar los celos con ternuras;  
no más cantar por monte, selva y prado  
tu dulce nombre al eco enamorado.

No más llevarte flores escogidas,  
ni de mis palomitas los hijuelos, 20  
ni leche de mis vacas más queridas,  
ni más jurarte mi constancia pura  
por Venus, por mi fe, por tu hermosura.

No más pedirte que tu blanca diestra  
en mi sombrero ponga el fino lazo 25

que en sus colores tu firmeza muestra,  
que allí lo colocó tu airoso brazo;  
no más entre los dos un albedrío,  
tuyo mi corazón, el tuyo mío.

Filósofo he de ser; y tú que oíste 30  
mis versos amorosos algún día,  
oye sentencias con estilo triste  
y lúgubres acentos, Filis mía,  
y dí si aquel que requebrarte sabe,  
sabe también hablar en tono grave. 35

Sonetos de una gravedad inaguantable, excepto los finales de cada uno

Sobre el poder del tiempo

Todo lo muda el tiempo, Filis mía,  
todo cede al rigor de sus guadañas;  
ya transforma los valles en montañas,  
ya pone un campo donde un mar había.

Él muda en noche opaca el claro día, 5  
en fábulas pueriles las hazañas,  
alcázares soberbios en cabañas  
y el juvenil ardor en vejez fría.

Doma el tiempo al caballo desbocado,  
detiene al mar y viento enfurecido, 10  
postra al león y rinde al bravo toro.

Sola una cosa al tiempo denodado  
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,  
y es el constante amor con que te adoro.

De la timidez natural a los hombres

¡A cuánto susto el cielo te condena,  
oh género mortal, flaco y cuitado!  
Se espantan unos en el mar salado  
y tiemblan otros cuando Jove truena.

Otros si el eco del león resuena, 5  
otros cuando el magnate está irritado,  
otros cuando en la cárcel han pasado  
días y noches tristes con cadena.

Yo solo discurrí no temblaría  
al trueno, ni al león, ni al poderoso, 10  
ni a la prisión, ni a todo el orbe entero.

Mas se engañó mi débil fantasía:  
el rostro de mi Filis desdeñoso  
me cubre de terror, temblando muero.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja para lograr su objeto

Pierde tras el laurel su noble aliento  
el héroe joven en la atroz milicia;  
sepúltase en el mar por su avaricia  
el necio, que engañaron mar y viento.

Hace prisión su lúgubre aposento 5  
el sabio por saber; y por codicia  
el que al duro metal de la malicia  
fio su corazón y su contento.

Por su cosecha sufre el sol ardiente  
el labrador, y pasa noche y día 10  
el cazador de su familia ausente.

Yo también llevaré con alegría  
cuantos sustos el orbe me presente,

sólo por agradarte, Filis mía.

## A la fortuna

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,  
ciega deidad, al delicioso encanto  
del son del torno de tu inestable rueda?

Si de algún triste el doloroso llanto  
aparta el sabio de la atroz ruina, 5  
¡qué poco dura el saludable espanto!

La mayor parte con vigor camina  
al aéreo templo de la diosa fama,  
y despreciar ejemplos determina.

Enciende la ambición su horrenda llama, 10  
toca el clarín la gloria, el mundo suena,  
y nuevas redes tu locura trama.

El alma débil de furor se llena,  
segunda vez se entrega a tu mudanza,  
que los gustos más gratos envenena. 15

También guiome un tiempo la esperanza,  
monstruo a quien abortó tu devaneo,  
y culpé tu rigor y tu tardanza.

¡Oh cuántas veces se inflamó el deseo  
en este pecho joven e inocente 20  
que ya por fin desengañado veo!

¡Cuál crecía el incendio! ¡Qué imprudente  
propuse levantar al firmamento  
mi nombre, del ocaso al oriente!

El militar estruendo, el duro acento 25  
del jefe que las tropas disponía,  
el ronco son del bélico instrumento,

la clin del animal que Betis cría,  
el brillo que el dorado Tajo presta  
al fierro de Cantabria, patria mía, 30

la pólvora a las madres tan funesta,  
con estrépito horrendo en los cañones,  
que tantas vidas y sollozos cuesta,

y de la horrenda guerra las acciones,  
parecíanme glorias soberanas, 35  
dignas de los que habitan las mansiones

del alto Olimpo, y que las nueve hermanas  
sólo debían entonar loores  
a las almas feroces e inhumanas.

Llenábase mi pecho de furores 40  
al leer de Curcio y de Solís la historia,  
de Alejandro y Cortés aduladores.

Envidiaba a los dos la fiera gloria  
de ver en Moctezuma y en Darío  
caprichos de la suerte y la victoria. 45

Un héroe sabio y un monarca pío  
parecíanme indignos de su cuna;  
su libro indigno del estudio mío.

Con gusto vi la bélica fortuna  
del soberbio bretón, al lusitano 50  
dar contra España audacia inoportuna;

y las melenas del león hispano  
coronarse con lises, y a su saña  
rendir Almeida el alto muro ufano.

Y al ver de Marte por la dura España 55  
rodar el carro con horrible estruendo  
y alzar la muerte su infeliz guadaña,

iba yo en mi memoria recorriendo  
historias dignas de dolor y espanto  
y mi alma con sus nombres complaciendo: 60

de Numancia, Sagunto y de Lepanto,  
de Méjico, de Cuzco y de Pavía,  
de San Quintín, de Almansa y Camposanto,

de Roncesvalle y tanto crudo día  
que en nuestros fastos con orgullo se halla, 65  
y lee la juventud con alegría.

Deseaba llegase la batalla  
en que las tropas que la Lipe ordena  
huyesen de Lisboa a la muralla

o rindiesen el cuello a la cadena, 70  
para venir de Atocha al templo santo,  
que de himnos victoriosos siempre suena,

y do ven las naciones con espanto  
banderas y estandartes y tambores,  
con nuestro gozo y con ajeno llanto. 75

Pero días más gratos y mejores  
iba trayendo el tiempo a los mortales,  
enfrenando de Marte los rigores;

y Carlos, lastimado de los males  
que el mundo en tantos años padecía, 80  
le quiso repartir bienes iguales.

Y así como Neptuno volvió el día  
quietud, y sol al triste mar, turbado  
por iras de la diosa que quería

anonadar la gente, a quien el hado 85  
prometía el imperio de la tierra,  
así también al mundo encarnizado

en una larga y horrorosa guerra,  
Carlos dio paz, y el mundo gozar pudo  
los muchos bienes que su nombre encierra. 90

El soldado, colgando el fuerte escudo  
en el nativo hogar, al padre anciano,  
con tono extraño y ademán forzado,

contó los lances de la guerra, ufano  
de que su simple voz oída sea 95  
por cariñosa madre, tierno hermano,

zagales toscos de la misma aldea,  
y la zagala joven y gallarda  
con quien unir su corazón desea

y a quien el día deseado tarda. 100  
Ya de otro caos la naturaleza  
sale segunda vez; no se acobarda

el marinero ya con la fiereza  
del mar, ni el labrador ya se detiene  
en romper de la tierra la dureza. 105

Cada arte y ciencia nueva vez previene  
a quien la trate aplausos y consuelo;  
a los mortales la quietud ya viene,

y la voz de los pueblos llega al cielo  
con júbilos, con gozo y alegría; 110  
el cielo esparce su bondad al suelo.

Y yo sintiendo el deseado día,  
viendo en él mi esperanza fenecida,  
pues la guerra tu gracia me ofrecía,

vine a la corte, donde nueva vida, 115  
nuevas lides ofrece y nueva pena  
con colores de gustos bien fingida.

Allí arrastré la rígida cadena,  
tan dura que aun después de rescatado  
en mis oídos su rüido suena. 120

Sí, fortuna, yo vi (¡cuán espantado  
hasta ver que lo mismo siempre ha sido!),  
vi lo que nunca hubiera yo soñado;

y por tus sacerdotes conducido,  
tus ritos vi, tus víctimas y templo, 125  
joven audaz y nada apercibido.

Guiome de otros muchos el ejemplo,  
cuya vida juzgaba yo colmada,  
y ahora esclavitud triste contemplo.

Ya con rodilla ante el altar doblada, 130  
movió mi débil mano el incensario  
por culto de una estatua inanimada.

La cara del amigo y del contrario  
mil veces vi con arte equivocarse,  
la del cobarde y la del temerario. 135

En fin, vi con dolor adulterarse  
virtud, honor, bondad, y con pasiones  
del más horrible género mezclarse.

Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones  
tirana me pusiste, deseando 140  
llevarme más allá! ¡Cuántas me pones

con rostro afable y con acento blando  
aun después del desprecio con que veo  
al que vas abatiendo o ensalzando!

Lo sabes, y que yo sólo deseo 145  
huir de ti, porque jamás consigas  
de mi pecho formar nuevo trofeo,  
por más que me acaricies o persigas.

Al pintor que me ha de retratar

Anacreónica

Discípulo de Apeles,  
si tu pincel hermoso  
empleas por capricho  
en este feo rostro,  
no me pongas ceñudo 5  
con iracundos ojos,  
y en la diestra el estoque  
de Toledo famoso,  
y en la siniestra el freno  
de algún bélico monstruo, 10  
ardiente como el rayo,  
ligero como el soplo;  
ni en el pecho la insignia  
que en los siglos gloriosos  
alentaba a los nuestros, 15  
aterraba a los moros;  
ni cubras este cuerpo  
con militar adorno,  
metal de nuestras Indias,  
color azul y rojo; 20  
ni tampoco me pongas,  
con vanidad de docto,  
entre libros y planos,  
entre mapas y globos.  
Reserva esta pintura 25  
para los nobles locos  
que honores solicitan  
en los siglos remotos.  
A mí, que sólo aspiro  
a vivir con reposo 30

de nuestra frágil vida  
estos instantes cortos,  
la quietud de mi pecho  
representa en mi rostro,  
la alegría en la frente, 35  
en mis labios el gozo.  
Cíñeme la cabeza  
con tomillo oloroso,  
con amoroso mirto,  
con pámpano beodo; 40  
el cabello esparcido,  
cubriéndome los hombros,  
y descubierto al aire  
el pecho bondadoso;  
en esta diestra un vaso 45  
muy grande y lleno todo  
de jerezano néctar  
o de manchego mosto;  
en la siniestra un tirso,  
que es bacanal adorno, 50  
y en postura de baile  
el cuerpo chico y gordo;  
o bien junto a mi Filis,  
con semblante amoroso,  
y en cadenas floridas 55  
prisionero dichoso.  
Retrátame, te pido,  
de este sencillo modo  
y no de otra manera,  
si tu pincel hermoso 60  
empleas por capricho  
en este feo rostro.

A la peligrosa enfermedad de Filis

Anacreóntica

Si el cielo está sin luces,  
el campo está sin flores,  
los pájaros no cantan,  
los arroyos no corren,  
no saltan los corderos, 5

no bailan los pastores,  
los troncos no dan frutos,  
los ecos no responden...  
es que enfermó mi Filis  
y está suspenso el orbe. 10

A un héroe, advirtiéndole que aprecie a los poetas, porque ellos transmiten a la posteridad las hazañas de los hombres grandes

Los lauros que en la lid habéis ganado  
a Marte no ofrezcáis agradecido;  
vuestro nombre, y el triunfo conseguido,  
quedará en pocos años sepultado  
en el eterno olvido. 5

Mas si con esas victoriosas manos  
os despojáis del ramo de la gloria,  
y a Febo dedicáis vuestra victoria,  
las musas a los siglos más lejanos  
llevarán la memoria. 10

Anacreóntica

Dime, dime, muchacho,  
¿cuántas veces te he dicho  
que me des de lo añejo  
cuando te pida vino?  
Anoche, en vez de darme 5  
del viejo bueno tinto,  
me diste malo y nuevo,  
y pagué tu descuido.  
Apenas me llenaste  
doce veces el vidrio 10  
con que suelo, contento,  
brindar a mis amigos,  
cuando caí de espaldas,

perdidos los sentidos,  
haciendo de mí mofa 15  
las chicas y los chicos;  
y sin duda quedara  
en el suelo tendido  
a no tocarme Febo  
con sus rayos divinos, 20  
cuando de su carrera  
llegaba al medio fijo.  
Dame, dame del viejo,  
a ver si con su brío  
y la luna, que sale, 25  
me sucede lo mismo;  
y si tal sucediere,  
muchacho, te permito  
que en adelante traigas,  
cuando yo pida vino, 30  
del nuevo o bien del viejo,  
del blanco o bien del tinto.

### Pasatiempos

Sacó Fabio su libro de memorias  
en que todos los días apuntaba  
de su importante vida las acciones,  
a la posteridad noticias gratas.  
Leyó de la semana antecedente 5  
la cuenta que escribió con pluma exacta:  
«Lunes me enamoraré; martes lo dije;  
el miércoles me dieron esperanzas;  
jueves me amaron; viernes fastidieme;  
el sábado di cielos, vi mudanzas; 10  
el domingo inclineme hacia otra parte...».  
¡Miren una semana bien gastada!

### Anacreónica

A un amigo, sobre el consuelo que da la poesía

    Mi dulcísimo amigo,  
a ti y a mí quitarnos  
los versos con que alegres  
esta vida pasamos,  
era quitar la yerba 5  
al fresco y verde prado,  
el curso al arroyuelo  
y a las aves el canto.  
Y porque algunos necios  
desprecian al Parnaso, 10  
¿al dios que nos inspira  
hemos de ser ingratos?  
¿Acaso su desprecio  
equivale al regalo  
con que suelen las musas 15  
venir a consolarnos?  
¿Qué triunfos, qué victorias  
ensalzan al soldado,  
qué moneda al avaro,  
como al ardiente pecho 20  
del poeta inspirado  
cuando lleno se siente  
del dios del Pindo sabio?  
De amor y de fortuna,  
que al corazón humano 25  
dan sustos a la vida,  
dan a la muerte estragos,  
la musa nos defiende,  
Apolo nos da amparo.  
Cuando Filis me ofende 30  
poniendo un ceño ingrato,  
y cuando tu Dorisa  
te da un instante amargo,  
¿cuál cosa de este mundo  
pudiera libertarnos 35  
de darnos cruda muerte  
o de vivir penando,  
sino aquel desahogo  
que en la musa encontramos;  
sino aquella dulzura 40  
con que ella suele hablarnos?  
Entonces en un verso  
dejamos mil enfados,  
y volvemos gozosos  
en busca de otros tantos; 45  
pues de la ciega diosa  
los vaivenes aciagos,

cuando castiga al bueno,  
cuando premia al malvado,  
¿cómo puede sufrirlos 50  
un corazón humano,  
sino como nosotros  
solemos tolerarlos?:  
despreciando sus premios,  
su cólera burlando, 55  
y todo sin más armas  
que la pluma en la mano.

#### Anacreóntica

¿Quién es aquel que baja  
por aquella colina,  
la botella en la mano,  
en el rostro la risa,  
de pámpanos y yedra 5  
la cabeza ceñida,  
cercado de zagales,  
rodeado de ninfas,  
que al son de los panderos  
dan voces de alegría, 10  
celebran sus hazañas,  
aplauden su venida?  
Sin duda será Baco,  
el padre de las viñas.  
Pues no, que es el poeta 15  
autor de esta letrilla.

#### Anacreóntica

Devolviendo a dos amigos las coplas que ellos le habían enviado y  
compuesto en una partida de campo

Estos alegres metros  
devuelvo a vuestras manos,  
amigos de mi vida,  
de Venus y de Baco;  
con mil amargas quejas 5  
de no haber presenciado  
los gustos de la mesa,  
los placeres del campo,  
y de que ausente y triste,  
no pude acompañaros, 10  
ya tomando la lira,  
ya tomando los vasos.  
Y aunque sé que en los versos  
me venciérais ambos,  
os venciera bebiendo 15  
y quedara vengado.

Carta de Florinda a su padre el conde D. Julián después de su  
desgracia

Señor (pues ya no debe  
apellidarte padre aquesta triste,  
a quien el astro aleve  
arrebato el honor que tú la diste),  
te envío con mi carta mi quebranto; 5  
mezcla tú mis renglones con tu llanto.

¡Ay!, trémula mi mano  
borra los caracteres que escribía,  
porque el dolor tirano  
agita con temblor la pluma mía; 10  
mi mano en infortunio tan deshecho  
imita lo agitado de mi pecho.

Conozco que mi aliento  
antes que aquesta carta ha de acabarse;  
tendrá nuevo tormento 15  
mi corazón en no poder vengarse;  
Florinda morirá, sin que en Rodrigo  
vengues mi honor, castigues tu enemigo.

Cuando tan fuerte sea  
mi pecho que a sus males no se rinda; 20  
cuando mi padre vea  
su honor entre desdoras de Florinda,  
¡muerto te quedarás, oh padre amado!,  
y nuestro honor marchito y no vengado.

Mas aunque no resista 25  
mi fuerza a la ignominia de expresarla,  
ni tu infelice vista  
a la dura desdicha de mirarla,  
a la posteridad estos renglones  
acaso servirán como lecciones. 30

Al joven don Rodrigo  
hermosa parecí; llamome hermosa.  
¡Ay!, ¡sobrado te digo  
en frase tan sencilla y azarosa!  
Él era rey y joven, y era amante; 35  
y yo mujer, hermosa e ignorante.

¡Con qué tiernas miradas  
me declaró el amor que me tenía!  
¡Qué voces disfrazadas  
con estudiado estilo profería! 40  
Sus ojos y su boca se ligaban  
contra mi corazón, y triunfaban.

Mi corazón, ajeno  
de lo que amor se llama entre los necios,  
se tuvo tan sereno, 45  
que por halagos tiernos dio desprecios.  
Pero de amor la inexplicable llama  
a veces en el fuego más se inflama.

¡Qué fiestas no intentaba  
para lograr sus fines suntuosas! 50  
La corte se admiraba,  
ignorando las causas asombrosas;  
yo sola no ignoraba de estas fiestas  
la causa y consecuencias: ¡qué funestas!

Mil veces al torneo 55  
el mismo don Rodrigo se veía  
las alas del deseo  
mezclar con las del traje que vestía;  
el traje, la divisa y la librea  
los fines me explicaban de su idea. 60

Mil otras se postraba  
a su triste vasalla el soberano;  
rendido me juraba  
pondría sus dominios en mi mano.  
Alguna vez más bajo se abatía 65  
diciendo que a mis pies todo pondría.

Las cargas del reinado,  
tan duras de llevar y tan precisas,  
dejaba descuidado  
en manos o malvadas o indecisas. 70  
¿Cuál podría mandar un reino entero  
quien era de otro dueño prisionero?

Por fin los maliciosos,  
a costa de desvelos y cuidados,  
supieron los dudosos 75  
motivos por él mismo declarados.  
Comenzaron sus necios artificios  
a preparar mayores precipicios.

Algunos, ignorando  
que el pecho femenino más entero 80  
suele rendirse blando  
de la soberbia al tono lisonjero,  
quisieron deslumbrar el pecho mío  
con ideas de mando y poderío.

Decían que grandeza, 85  
palacio, España toda, el mundo entero  
a mis pies su cabeza  
al punto rendiría con esmero;  
y que aceptase el lauro prodigioso  
de ser reina del rey más poderoso. 90

A todos resistía  
tu hija, combatida de mil modos;

solo se defendía  
mi honor, que se oponía contra todos;  
contra el amor en artes abundante 95  
sólo el honor consigue ser triunfante.

Triunfé, pero Cupido,  
viéndose de mi triunfo avergonzado,  
y viéndose vencido,  
a todos los delitos arrestado, 100  
a la astucia juntó ya la demencia,  
engaños, amenazas y violencia.

Un día (¡con qué agujeros  
me lo predijo el cielo!, ¡con qué susto!)  
un negro gavián vi que seguía 105  
a una tierna paloma que le huía.

Yo vi que a una cordera  
un lobo devoraba ensangrentado;  
yo vi su saña fiera  
al pie de mi palacio desgraciado. 110  
¡Necia de mí, que con agujeros tales  
no me temí los más atroces males!

En este mismo día  
Rodrigo me llamó, y así me dijo:  
«Tu noble valentía 115  
venció por fin a mi fervor prolijo;  
admiro tu virtud y la venero,  
yo mismo envidio un pecho tan entero.

Florinda, ya se acaba  
de mi persecución el necio empeño; 120  
aun mi alma se alaba  
de humillarse a la fuerza de tu ceño;  
vive felice sin temor ni susto,  
ya no aspiro a más gusto que tu gusto».

Mis lágrimas siguieron 125  
del gozo a la sorpresa de mi oído,  
como seguir se vieron  
al susto en otro tiempo conocido;  
y mi alma con tan nuevas mutaciones  
lloraba y aplaudía sus blasones. 130

Al fin, agradecida,  
a sus plantas postreme presurosa;  
jurele que en la vida  
olvidaría acción tan generosa,  
y que la sangre toda de mi gente 135  
vertería en su obsequio, reverente.

Iba mi entendimiento  
con lágrimas y voces a explicarse  
en su agradecimiento,  
cuando mi corazón sentí turbarse, 140  
y con el nuevo gozo enajenada,  
caí entre sus brazos desmayada.

Mas, ¡cielo!, mi hermosura,  
sin duda nuevo lustre en mi tristeza,  
y su osada locura 145  
nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza;  
y mi alma entre las sombras de la muerte  
dejó de ser, como en la vida, fuerte.

Volví del accidente  
¡ojalá que a la vida no volviera!, 150  
y Rodrigo, insolente,  
mirábame con complacencia fiera,  
diciendo: «¿Ves, Florinda, cómo el cielo  
favoreció mi ardor y mi desvelo?

Lo que tú has resistido 155  
con tan ciego tesón y tiranía,  
el cielo ha permitido  
en un instante: ya te he hecho mía;  
lo que ha empezado el cielo prosigamos  
en dulce unión el tiempo que vivamos». 160

Al oírle y mirarme,  
rompí los nudos que su brazo hacía,  
y fiera al arrancarme,  
cobré la voz, y al tiempo que él huía,  
dije: «¡Ay de ti, Rodrigo!, tus maldades 165  
han de llorar las míseras edades».

¡Qué necia!, ¡cuál sonaba  
mi voz por el palacio del delito!  
¡Qué triste publicaba  
el crimen de Rodrigo y mi conflicto! 170  
«Venganza», sí, «venganza», repetía,  
y al cielo y a la tierra la pedía.

Viendo que tierra y cielo  
sordos estaban siempre a mis oídos,  
sólo pedí consuelo 175  
a mis tristes potencias y sentidos.  
¡Excesos son de la venganza insanos!  
Quise matar al rey con estas manos.

Pensé yo convidarle  
a mi jardín; con fácil fingimiento 180  
mi pecho presentarle,  
como cambiando en gusto su tormento;  
decirle que podía sin recelo  
contar con mi terneza su desvelo.

Y al tiempo que él, demente, 185  
con la amorosa llama deslumbrado,  
se llegase impaciente  
al pecho a quien creía conquistado,  
con un puñal lavar en su torpeza  
la mancha derramada en mi flaqueza. 190

Mas sin duda los reyes  
son de tan superior naturaleza,  
que las humanas leyes  
humillan el rigor y fortaleza;  
y sólo puede castigar coronas 195  
quien maneja los astros y las zonas.

Ya me falta el aliento  
para la grave empresa meditada;  
un impulso violento  
me detiene la mano levantada, 200  
y en tan dudoso, oscuro y cruel abismo,  
vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.

Y al punto (¿quién creyera  
que faltara a Florinda valentía?)

que lo emprendo severa, 205  
tiembla cobarde aquesta diestra mía.  
Y así a mi padre en mi desdicha apelo  
por muerte, por honor y por consuelo.

El poder del oro en el mundo. Diálogo entre Cupido y el poeta

POETA

Tu imperio ya se acaba;  
guarda, niño, las flechas en la aljaba.

CUPIDO

Pues y los corazones,  
¿cómo han de conquistarse?

POETA

Con doblones. 5

Sencillas ponderaciones de un pastor a su pastora

Deste modo ponderaba  
un inocente pastor  
a la ninfa a quien amaba,  
la eficacia de su amor:

«¿Ves cuántas flores al prado 5

la primavera prestó?  
Pues mira, dueño adorado,  
más veces te quiero yo.

¿Ves cuánta arena dorada  
Tajo en sus aguas llevó? 10  
Pues mira, Filis amada,  
más veces te quiero yo.

¿Ves al salir de la aurora  
cuántaavecilla cantó?  
Pues mira, hermosa pastora, 15  
más veces te quiero yo.

¿Ves la nieve derretida  
cuánto arroyuelo formó?  
Pues mira, bien de mi vida,  
más veces te quiero yo. 20

¿Ves cuánta abeja industriosa  
de esa colmena salió?  
Pues mira, ingrata y hermosa,  
más veces te quiero yo.

¿Ves cuántas gracias la mano 25  
de las deidades te dio?  
Pues mira, dueño tirano,  
más veces te quiero yo».

A los días del Excmo. Señor Conde de Ricla

Salid, ninfas del Ebro,  
a mis voces juntad vuestra armonía;  
cantad al que celebro  
en su dichoso y deseado día.  
Salid, ninfas, cantando, 5  
y el eco suene con acento blando.

Una tropa ligera  
de sátiros y faunos y silvanos  
impaciente os espera,  
venida de los montes más lejanos 10  
para formar su danza,  
y lloran, tristes, ya vuestra tardanza.

Las aves lo supieron  
(sin duda de algún numen inspiradas)  
y más prontas unieron 15  
sus voces por los cielos concertadas;  
y con voz más sonora  
más presto despertaron a la aurora.

Apenas del oriente  
abrió las puertas la rosada aurora, 20  
cuando el prado y la fuente  
vistió la mano de la diosa Flora,  
regando el verde suelo  
con el sonoro y líquido arroyuelo.

Pisad, ninfas del prado, 25  
con libre pie la rosa y la azucena;  
y del pelo dorado  
caigan las perlas en la orilla amena,  
porque adorno más bello  
a vuestra sien dará vuestro cabello. 30

¡Egregio Villalpando!,  
así cantaba yo con bajo acento  
y lira humilde, cuando  
sentí en mis venas un ardor violento,  
cual suele de repente 35  
de Etna brotar un ígneo torrente.

Y así como se extiende  
por campo, valle, prado, selva y monte  
la llama, y más se enciende,  
y parece abrasado el horizonte; 40  
así sentime luego  
todo encendido en un sagrado fuego.

No pisa más osada

la Trípode que anuncia lo futuro,  
la Pítica inspirada 45  
a quien Febo abre el libro siempre oscuro  
donde están estampados  
los divinos secretos de los hados.

Ni se le eriza el pelo,  
ni la voz se le turba en la garganta, 50  
ni mira osado al cielo,  
ni lleno ya de fuerza se levanta  
con el ardor y asombro  
que mi alma siente cuanto yo te nombro.

Ni del vulgo profano 55  
la turba ofrece reverente oído  
al tono más que humano  
que el sacerdote pitio ha proferido,  
con más sagrado espanto,  
que el mundo me oye, si tu nombre canto. 60

Ya veo que del río  
cuyo nombre ha tomado España entera,  
al fuerte acento mío  
sale el anciano dios con faz severa  
y tridente en la mano, 65  
igual al de Neptuno soberano.

Ya aparta del cabello  
los juncos y las conchas y corales,  
y por el duro cuello  
lo esparce en largas trenzas desiguales 70  
con la nervuda diestra  
y la ancha frente, y sus arrugas muestra.

Con la siniestra aplica  
a su gran boca un caracol horrendo  
que sus voces duplica, 75  
causando al eco un nunca oído estruendo;  
siete veces le toca,  
y siete tiembla la cercana roca.

Y mirándome adusto  
(sintiendo que un mortal alcance a tanto 80  
que conmueva a su gusto

a las mismas deidades con su canto),  
de envidia y rabia lleno,  
vuelve a sus ondas por su verde seno.

Detiene su corriente 85  
el Ebro, y se sosiega la onda pura;  
y hacia el golfo de oriente  
su curso, como suele, no apresura.  
Y Neptuno, irritado,  
echa menos el feudo acostumbrado. 90

Ya del tranquilo río  
las ninfas y tritones van saliendo;  
estos con grande brío  
las importunas olas van abriendo,  
porque salgan gustosas 95  
las ninfas en sus conchas primorosas.

Zagalas y pastores  
que esperáis en la orilla su llegada,  
¿decid si otras mayores  
bellezas vio jamás vuestra morada? 100  
¿Decid, verdes orillas,  
si nunca visteis tales maravillas?

Apenas han salido  
del agua, cuando dan dulces acentos  
al eco suspendido, 105  
y su gozo se esparce por los vientos.  
¿Decid, aves canoras,  
si nunca oísteis voces tan sonoras?

Ya la mansa corriente  
a la orilla feliz bien envidiada 110  
las lleva blandamente;  
y los tritones sienten su llegada,  
y sacando hacia afuera  
los brazos, cada cual la suya espera.

Uno que más desea 115  
la vuelta de su amada ninfa, dice:  
«Vuelve, mi Galatea,  
vuelve al constante amor de este infelice;  
así la cipria diosa

te haga cada día más hermosa». 120

Esto mismo repite  
cada cual a la suya con ternura;  
y sabroso convite  
le prepara, en señal de su fineza,  
de peces y de frutas 125  
que el río cría dentro de sus grutas.

Pero ellas no se cuidan  
de tanto anhelo y de dulzura tanta,  
viendo que las convidan  
a herir el suelo con ligera planta 130  
pastores más hermosos,  
y sátiros y faunos bulliciosos.

Témplanse los panderos  
y flautas y zampoñas pastoriles  
con los suaves jilgueros 135  
y zagales con voces juveniles;  
y con sus blancas manos  
tocan las ninfas sonos más que humanos.

La más bella levanta  
al alto Olimpo tu eminente cuna, 140  
y con el brío te canta  
superior al poder de la fortuna,  
y «¡viva Ricla, viva!»  
exclama el coro de la comitiva.

Otra su voz ofrece 145  
ti lo benigno de tu noble pecho,  
e igualarlo parece  
a los influjos del empíreo techo;  
y el coro junto exclama:  
«¡Que Ricla viva con eterna fama!»». 150

Otra dice que fuiste  
al reino ultramarino del gran Carlos,  
que a los indios pusiste  
bajo su amparo, para rescatarlos;  
el gran coro vocea: 155  
«¡Viva el gran Ricla, venturoso sea!»».

Otra ninfa te canta  
venciendo con estrago a los germanos,  
y dice: «Cuánto espanta  
el hierro, si lo esgrimen esas manos!»; 160  
y el coro, que lo ha oído,  
repite: «¡Viva quien triunfante ha sido!».

Otra dice tu celo  
para las armas del hispano Marte;  
la bóveda del cielo 165  
vuelve mayor su voz para alabarte,  
y el coro escucha atento  
y dice «¡viva!» con sonoro acento.

A cada ninfa hermosa  
que cantaba con celo tus loores, 170  
la comitiva ansiosa  
ofrecía guirnaldas de mil flores,  
y ella se las quitaba  
y en tu estatua de mármol las dejaba.

Y el tiempo, grave anciano, 175  
con hoz irresistible y destructora  
se aparece, y ufano,  
mirando a la cuadrilla que te adora,  
dice: éste será el solo  
a quien defienda de mi brazo Apolo. 180

### Anacreóntica

Vuelve, mi dulce lira,  
vuelve a tu estilo humilde,  
y deja a los Homeros  
cantar a los Aquiles.  
Canta tú la cabaña 5  
con tonos pastoriles,  
y los épicos metros  
a Virgilio no envidies.  
No esperes en la corte

gozar días felices, 10  
y vuélvete a la aldea,  
que tu presencia pide.  
Ya te aguardan zagales  
que con flores se visten,  
y adornan sus cabezas 15  
y cuellos juveniles.  
Ya te esperan pastores,  
que deseosos viven  
de escuchar tus canciones,  
que con gusto repiten. 20  
Y para que sus voces  
a los ecos admiren  
y repitan tus versos  
los melodiosos cisnes,  
vuelve, mi dulce lira, 25  
vuelve a tu tono humilde,  
y deja a los Homeros  
cantar a los Aquiles.

A las bodas de Lesbia

Anacreóntica

Apaga, Cupido,  
tu ligera llama,  
si enciende Himeneo  
sus antorchas sacras.  
Respeta de Lesbia 5  
la mano ligada  
a la de su dueño  
con tiernas guirnaldas.  
Virtud y modestia,  
honor y constancia, 10  
por medio del templo  
la llevan al ara.  
Tus armas son pocas  
para arrebatarla  
de la tropa fuerte 15  
que ya la acompaña.

Y si tus intentos  
a tanto llegaran,  
vencido, abatido,  
burlado quedaras. 20  
Y nuevo trofeo  
sería tu aljaba  
del triunfo seguro  
que honor alcanzara.  
No más me presentes 25  
con lisonjas falsas  
mudables cimientos  
para mi esperanza;  
que de sus virtudes  
a la luz sagrada 30  
huyen las ideas  
culpables y vanas.  
Como en noche oscura  
entre las montañas  
el miedo al viajante 35  
pinta sombras varias,  
hasta que del carro  
de Febo las llamas,  
esparciendo luces,  
disipan fantasmas. 40

#### Anacreónica

Unos sabios gritaban  
sobre el sabor y nombre  
del licor que ofrecía  
Ganimedes a Jove  
en las celestes mesas, 5  
convidados los dioses,  
suspensos los luceros  
y admirados los hombres.  
Y yo dije a mi Filis:  
«Déjales que den voces. 10  
El nombre nada importa,  
y del sabor, responde  
que será el que tú dejas  
cuando los labios pones  
en la copa en que bebes 15  
los béticos licores  
cuando contigo bebo,

cuando conmigo comes;  
y déjales que griten  
sobre el sabor y nombre 20  
del licor que ofrecía  
Ganimedes a Jove.

## Cuento

En el oscuro bolsillo  
de un miserable avariento  
reinaba un sumo descanso,  
duraba un largo silencio.  
Ni sol ni luna podían 5  
enviar sus luces dentro  
para dar un corto alivio  
a los tristes prisioneros.  
Ya de esto habrá colegido  
el lector, como discreto, 10  
y si no, como atrevido  
(que suele valer lo mismo,  
y mil veces confundirse,  
discreción y atrevimiento),  
ya habrá, digo, discurrido, 15  
como digo, de mi cuento,  
que los tristes habitantes  
de aquel castillo tremendo  
no veían los teatros,  
las máscaras, los paseos, 20  
los banquetes, las visitas,  
las tertulias y los juegos;  
ni tampoco iban a hablarles  
aquellos hombres molestos,  
de estos que hay que, por hablar, 25  
irán a hablar con los muertos.  
Solamente en él entraban,  
siempre de noche y con tiento,  
del dueño de la prisión  
los largos y fríos dedos. 30  
Contábalos uno a uno  
cien veces y aun otras ciento.  
Pues, Señor, entre los tales  
tristísimos prisioneros  
los había muy alegres 35  
(o filósofos o necios,

pues sólo en estas dos clases  
se ven penas con sosiego);  
y por no saber qué hacerse,  
se estaban entreteniendo 40  
en contar las travesuras  
que los malvados hicieron  
cuando andaban por el mundo  
campando por su respeto.  
Oyolos un ratoncillo, 45  
vecino de mi aposento,  
que en él suele comer libros,  
porque no halla pan ni queso,  
y todo me lo contó,  
prometiéndole el secreto, 50  
porque el ratón y yo somos  
amigos y compañeros,  
y pasamos nuestras hambres  
él y yo contando cuentos.  
Así dice que decían, 55  
óigalo el sabio y discreto...  
Pero no quiero decirlo,  
porque se oyeran enredos,  
culpas, delitos y fraudes,  
osadías y portentos, 60  
que prueban lo que es el hombre  
y lo que puede el dinero.

#### Letrillas satíricas imitando el estilo de Góngora y Quevedo

Que dé la viuda un gemido  
por la muerte del marido,  
ya lo veo;  
pero que ella no se ría  
si otro se ofrece en el día, 5  
no lo creo.  
Que Cloris me diga a mí.  
«Sólo he de quererte a ti»,  
ya lo veo;  
pero que siquiera a ciento 10  
no haga el mismo cumplimiento,  
no lo creo.  
Que los maridos celosos  
sean más guardias que esposos,  
ya lo veo; 15

pero que estén las malvadas  
por más guardias más guardadas,  
no lo creo.

Que al ver de la boda el traje  
la doncella el rostro baje, 20  
ya lo veo;

pero que al mismo momento  
no levante el pensamiento,  
no lo creo.

Que Celia tome el marido 25  
por sus padres escogido,  
ya lo veo;

pero que en el mismo instante  
ella no escoja el amante,  
no lo creo. 30

Que se ponga con primor  
Flora en el pecho una flor,  
ya lo veo;

pero que astucia no sea  
para que otra flor se vea, 35  
no lo creo.

Que en el templo de Cupido  
el incienso es permitido,  
ya lo veo;

pero que el incienso baste 40  
sin que algún oro se gaste,  
no lo creo.

Que el marido a su mujer  
permita todo placer,  
ya lo veo; 45

pero que tan ciego sea  
que lo que vemos no vea,  
no lo creo.

Que al marido de su madre  
todo niño llame padre, 50  
ya lo veo;

pero que él, por más cariño,  
pueda llamar hijo al niño,  
no lo creo.

Que Quevedo criticó 55  
con más sátira que yo,  
ya lo veo;

pero que mi musa calle  
porque más materia no halle,  
no lo creo. 60

## Traducción de Horacio

Al constante varón de ánimo justo  
jamás imprime susto  
el furor de la plebe amotinada;  
ni la cara indignada  
del injusto tirano; 5  
ni del supremo Júpiter la mano  
cuando irritado contra el mundo truena;  
ni cuando el norte suena,  
caudillo de borrascas y de vientos.  
Si el orbe se acabara, 10  
mezclados entre sí los elementos,  
el justo pereciera y no temblara.

## Desdenes de Filis

Égloga. Entre Dalmiro y Ortelio, pastores

## POETA

Como la tortolilla en su retiro,  
con solitarios llantos y lamentos,  
triste se queja del rigor del hado,  
así en un bosque el infeliz Dalmiro  
sus quejas amorosas daba al viento, 5  
de verse de su ninfa abandonado.  
Lejos de su ganado,  
de su cabaña ausente,  
en su dolor demente,  
de todos y de todas se ausentaba. 10  
Lloraba y sus sollozos duplicaba;  
sola la soledad apetecía,  
porque ella le imitaba  
con tanta natural melancolía.  
¿Cuántas veces el sol, cuántas la luna 15

sus concertados giros revolvían,  
y al pie del mismo tronco le encontraban?  
El vecino arroyuelo y la laguna  
helarse y deshelarse se veían,  
y mudado a Dalmiro nunca hallaban. 20  
Las aves que pasaban  
hallaban a Dalmiro  
en el mismo retiro.  
Las mismas voces con el mismo acento  
solía dar a la región del viento; 25  
el eco de sus voces se cansaba,  
porque de su lamento  
lo mismo cada día duplicaba.

Si alguno sin morir ha padecido  
de celos y desdenes la aspereza, 30  
sabrán lo que Dalmiro padecía.  
Ya estaba a tal estado reducido,  
que ni aun llorar podía su tristeza.  
Falto de fuerza, estatua parecía;  
morirse se veía, 35  
y sin duda muriera  
si algún dios no quisiera  
que en lo sereno de la noche clara  
con su rebaño Ortelio se acercara  
y conociera a su Dalmiro amado; 40  
pero no por la cara,  
que ésta se había ya desfigurado.

Ortelio por las aves conducido  
al triste objeto que en los ayes daba,  
llegó, miró, y prorrumpió en lamentos. 45  
Por su antigua amistad enternecido,  
su pecho al de su amigo ya acercaba;  
ya le daba sabrosos alimentos,  
ya varios condimentos  
de yerbas y de flores, 50  
por si con sus olores  
sacarle del letargo conseguía.  
En vano con dulzura socorría  
en sus brazos al triste moribundo.  
Morir con él quería. 55

¡Ya no hay tales amigos en el mundo!

Dalmiro abrió los ojos lentamente  
y los fijó sobre su Ortelio amado;  
y al punto que le vio, sintió consuelo.  
Esfuerzos hizo con su voz doliente 60  
para contar a Ortelio su cuidado,  
su llanto, su dolor, su desconsuelo,  
hasta que quiso el cielo  
que en tal amigo hallara  
consuelo que bastara, 65

contándole con queja su quebranto.  
En todo el mundo no hay consuelo tanto  
como contar a su leal amigo  
el motivo del llanto,  
sin arte, sin respeto, sin testigo. 70

Este coloquio entre los dos pastores  
pasó; si lo oye alguna ninfa bella,  
¡cuál se envanecerá de su hermosura,  
al ver que al hombre matan los rigores  
de la beldad más que los de la estrella, 75  
como prueba esta lúgubre aventura!  
En la verde espesura  
de este modo se hablaron,  
y la historia trataron.  
No se tenga por cuento fabuloso; 80  
es tan seguro como lastimoso.  
Todo pastor de amores escarmiente  
lance tan horroroso,  
y escuche este coloquio atentamente:

## ORTELIO

¡Oh tierno amigo de este pecho mío! 85  
¡Oh Dalmiro, el mejor de los pastores!,  
dime la causa de tus graves males.  
Te veo moribundo, yerto, frío,  
y perdidos del rostro los colores,  
y tus ojos parados y mortales. 90  
Alientos desiguales  
tu pecho da con pena;  
la voz se te enajena.  
¡Ay!, sácame, te pido, del cuidado.  
Si acaso mi amistad has olvidado, 95  
te pongo empeño superior ahora.  
Dime lo que ha pasado,  
te lo pido por Filis tu pastora.

## DALMIRO

¡Ortelio!, ¡amado Ortelio!, calla, calla,  
aumentas con nombrarla mi quebranto. 100  
Si al verla me causó tanta alegría,  
este tiempo pasó, tan otra se halla,  
que si tú me la acuerdas, en el llanto  
verás el fin de aquesta vida mía.  
¡En triste, aciago día 105

miré yo su hermosura!  
¡Oh cuánta desventura  
aquel funesto día ha producido!  
No sé cómo mi fuerza ha resistido.  
¡Oh necia ceguedad de los mortales! 110  
¡Cuántas veces ha sido  
un bien principio de increíbles males!

## ORTELIO

¿Quién? ¿Filis?, ¿la que tanto te quería?  
¿La que un amor sin fin te aseguraba  
delante de zagalas y pastores? 115  
¿La que buscaba flores  
por el valle y el prado,  
y un ramo bien ligado  
con cinta del color de la firmeza  
te daba, como prenda de fineza? 120  
¿La que te permitía que llevase  
su falda tu cabeza,  
y la siesta de agosto así pasase?

## DALMIRO

La misma, sí, la misma, ¿Quién creyera  
que la que fue tan buena se trocara 125  
en exceso de fraude y tiranía?  
Más fácilmente imaginado hubiera  
que el céfiro borrascas abortara,  
y la luna saliera por el día.  
Más fácil parecía 130  
vivir el tigre fiero  
con el manso cordero;  
salir los astros por el occidente,  
volver un río contra su corriente,  
dar los cipreses rosas olorosas, 135  
y andar el inocente  
seguro por ciudades engañosas.

Lo que le parecía más posible  
no ha sucedido al infeliz Dalmiro;  
lo que juzgué imposible me sucede. 140  
Es céfiro, como antes, apacible;  
la luna por la noche da su giro;  
al tigre la cordera el puesto cede;  
ni el río retrocede,  
ni ha mudado la aurora 145

su antiguo curso y hora;  
ni del ciprés se acaba la tristeza,  
ni en las ciudades fraude y sutileza.  
El orden de las cosas no ha variado  
en la naturaleza; 150  
y Filis, sola Filis, se ha mudado.

## ORTELIO

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho  
triunfaba ufano del rigor más fuerte  
que a veces te ofrecía tu pastora,  
¿ese valor acaso se ha deshecho, 155  
que tan triste y postrado llego a verte?  
¿Para cuándo tu fuerza vencedora?  
Alienta, pues, ahora,  
y suspende ese llanto.  
No merecía tanto 160  
la misma madre del rapaz Cupido;  
la misma Venus nunca ha merecido  
el dominio de un alma generosa.  
El mérito ha perdido  
por ser mujer, si lo ganó por diosa. 165

## DALMIRO

Tienes razón... pero valor no tengo.  
Ya muero, sí, ya muero; ni un instante  
me queda de una vida tan cansada.  
Si algún aliento... alguna voz mantengo,  
sólo es para pedirte que a mi amante, 170  
mal dije, que a mi ingrata, que a mi amada  
digas que está acabada  
de Dalmiro la vida;  
que queda complacida;  
que muero, cual viví, suyo de veras. 175  
Ya siento de mis ansias las postreras.  
Adiós, Ortelio, ya me siento yerto  
entre congojas fieras.

## POETA

Esto dijo Dalmiro, y quedó muerto.  
Ortelio, del cadáver cuidadoso, 180

una tumba erigió, como es debido,  
con ramas de cipreses enlazadas;  
no de mirto, que a Venus es gustoso,  
ni de yedra, que es grata al dios Cupido,  
ni de otras yervas al amor sagradas. 185  
Dejolas coronadas  
con un corto letrero  
(y nada lisonjero,  
como otros epitafios que ha dictado  
la adulación); porque este fue grabado 190  
sólo para ejemplar de otros amores.  
Yo le tengo copiado,  
y así decía: «Escarmentad, pastores».

## Glosa

Engañando está Dalmira  
al pastor que la enamora;  
pero él responde: Pastora,  
¿eso es verdad o mentira?

Ella dice: «Dulce dueño,  
toda es tuya el alma mía:  
en ti pienso todo el día,  
contigo de noche sueño.

Dime, pastor, ¿no te admira 5  
la virtud de quien te adora?»  
Pero él responde: «Pastora,  
¿eso es verdad o mentira?»

Ella dice: «Si la suerte  
una corona me diera, 10  
¡cuán gozosa la perdiera,  
mi dueño, por no perderte!

Tu pastora sólo aspira  
a que la ames cual te adora».   
Pero él responde: «Pastora, 15  
¿eso es verdad o mentira?».

### Injuria el poeta al amor

Amor, con flores ligas nuestros brazos.  
Los míos te ofrecí lleno de penas.  
Me echaste tus guirnaldas más amenas:  
secáronse las flores; vi los lazos,  
y vi que eran cadenas. 5

Nos guías por la senda placentera  
al templo del placer ciego y propicio;  
yo te seguí, mas viendo el artificio,  
el peligro y tropel de tu carrera,  
vi que era un precipicio. 10

Con dulce copa al parecer sagrada  
al hombre brindas de artificio lleno.  
Bebí: quemose con su ardor mi seno,  
con sed insana la dejé apurada,  
y vi que era veneno. 15

Tu mar ofrece con fingida calma  
bonanza sin escollo ni contagio:  
yo me embarqué con tan falaz presagio,  
vi cada rumbo que se ofrece al alma,  
y vi que era un naufragio. 20

Al carro de tu madre, ingrata diosa,  
vi que tiraban aves inocentes;  
besáronlas mis labios imprudentes:  
el pecho me rasgó la más hermosa,  
y vi que eran serpientes. 25

Huye, amor, de mi pecho ya sereno,  
tus alas mueve a climas diferentes,  
lleva a los corazones imprudentes  
cadenas, precipicios y veneno,  
nafragios y serpientes. 30

#### A la fortuna

Fortuna, a quien el vulgo llama diosa  
(y tanto tu inconstancia lo desmiente),  
ni creas que tu ceño me amedrente  
ni que por ver tu cara más gustosa  
inmute yo mi frente. 5

Con ella levantada te he mirado,  
despreciando tus males y tus bienes;  
y cuando de triunfar del orbe vienes,  
te venzo, y del laurel que tú has ganado  
corono yo mis sienas. 10

#### Al espejo de Filis

Cristal, como eres liso, puro y llano,  
no sabes lo que importa el fingimiento;  
a Filis enseñando su hermosura,  
igualaste lo altivo con lo bello.

Tan niña como amor era mi Filis 5  
cuando te señaló por consejero,  
contigo consultando los designios  
de encadenar a todo el universo.

Si entonces tú sus fuerzas le ocultaras,

mil daños evitaras a este pecho, 10  
primer cautivo que en el de ella tuvo  
encanto y cárcel con dorados hierros.

Pero tú claramente le dijiste  
que no igualaba el oro a sus cabellos,  
y que en ellos tenía mil tesoros 15  
para soborno del entendimiento;

que no había en el mundo tales dardos  
como los rayos de sus ojos negros.  
Entró en campaña, y con tan fuertes armas  
miró y triunfó de todo el orbe entero. 20

De los ojos humildes y postrados  
el lánguido bajar rendido y tierno,  
para templar las iras de un amante  
cuando conviene para sus intentos;

el levantar los ojos enojados 25  
con aire majestuoso de desprecio,  
para enfrenar de algún osado amante  
en su pasión el atrevido afecto;

el inquieto volver con gozo o susto  
los ojos por la tierra o por el cielo, 30  
para encontrar, errantes por el aire,  
los de un amante fácil y ligero;

el pararlos también a un solo punto,  
para fijar los de un amante inquieto,  
y las demás funciones de los ojos 35  
tú la enseñaste, y todos padecemos.

Tu escuela la enseñó de las risitas  
más o menos fingidas los misterios,  
tapando con gracejo el abanico  
los dientes, que en la risa ya se vieron; 40

el asomar las lágrimas, si acaso  
han de causar algún terrible efecto,  
y el retirarlas, cuando a la tristeza

conviniere mezclar algún tormento;

aquel llevar la mano a la cabeza, 45  
tomando flor o cinta por pretexto,  
y siendo el enseñar la hermosa mano  
el solo fin de tan sutil manejo.

Todos estos sabidos artificios,  
con muchos más que para mí reservo, 50  
tú sólo enseñaste, mas no sabes  
cómo se vale de la fuerza de ellos.

¡Ay!, no la digas más las perfecciones  
que en su hermosura deposita el cielo,  
o pide a las deidades que de bronce 55  
pongan un corazón en este pecho.

Epitafios para poner sobre las sepulturas de varios amantes

I

De una mujer que murió de pura constancia

Sólo murió de constante  
la que está bajo esta losa.  
Acércate, caminante,  
pues no murió tal amante  
de enfermedad contagiosa. 5

II

Al mismo asunto

Tan al Fénix parecida  
es la constante mujer,  
que si no vuelve a nacer  
de su tumba, está perdida  
la fineza en el querer. 5

III

De un marido celoso

Este difunto era esposo  
y los celos le mataron.  
De ejemplar tan horroroso  
los demás escarmentaron,  
pues ya ninguno es celoso. 5

IV

De uno que murió porque no logró casarse con quien quería

El que está aquí sepultado  
porque no logró casarse,  
murió de pena acabado.  
Otros mueren de acordarse  
de que ya los han casado. 5

V

De un filósofo que murió desesperado porque la Filosofía no le  
libertaba del amor

Porque su Filosofía  
contra el amor no bastó,  
este sabio se murió.  
Dijo una que esto leía:  
«¡No soy filósofa yo!». 5

VI

De un amante tímido

Viajante, te has de parar  
y mirar la sepultura  
de uno que supo olvidar  
que aquel que no se aventura  
nunca pasará la mar. 5

VII

De una vieja que murió de amores

Una vieja ha fallecido  
de amor, y aquí se enterró.  
Considere el advertido:  
si enamorada murió,  
qué tal habría vivido. 5

## Felicio, nuevo amante de Filis

¿Estás envanecido, oh nuevo amante,  
de esa conquista que antes era mía,  
pensando mantenerte eternamente?  
Si discurrees que tú la harás constante,  
te engaña tu infelice fantasía, 5  
como la mía me engañó, inocente.  
Un rápido corriente,  
el más veloz venado,  
el mar más encrespado  
es menos imposible que detengas, 10  
que no que un solo punto te mantengas  
en ese corazón que me ha dejado;  
y es bien que te prevengas  
a verte, cual me ves, abandonado.

Ni creas juramentos numerosos 15  
por sus hermosos labios repetidos  
y por sus bellos ojos confirmados.  
En lances los más tiernos y amorosos  
los recibieron estos mis oídos,  
entre tan dulces voces encantados. 20  
¡Ay!, fueron quebrantados  
tan altos juramentos,  
y de los elementos  
ninguno me dejó de ser testigo.  
Su falso pecho, pues fingió conmigo, 25  
has de temer, aunque insensato seas;  
que fingirá contigo,  
por más que entre fortunas hoy te veas.

Versos para varias estampas que representan los principales amores de la fábula.

Jove introduciéndose en la torre de Dánae convertido en lluvia de oro

Una vez Jove intentó  
una conquista imposible.  
El oro la hizo factible.  
Mil Joves conozco yo.

Boda de Venus con Vulcano, asistiendo Marte con los demás dioses al banquete

¡Venus alegre y mocita!  
¡Vulcano viejo y celoso!  
¡Marte amigo del esposo!  
¡Ay qué boda tan bonita!

El juicio de Paris, que da la preferencia a Venus sobre Minerva y Juno

A Venus el premio diste,  
y el buen gusto lo aprobó;  
también te lo apruebo yo,  
pues con las diosas que viste,  
mi diosa no concurrió. 5

Eneas encuentra a su esposa Creusa en los Campos Elíseos, habiéndola perdido en la noche que salió de Troya

¿Cuando me hubiste perdido  
los dioses no me vengaron?  
Sí, que al punto pronunciaron:  
«La mujer pierda al marido»;  
y obedecidos quedaron. 5

Medea, después de haber facilitado a Jasón la conquista del vellocino por medio de sus encantos

Medea a Jasón decía:  
«¿Habrás quien más diestra sea  
en mágica hechicería?».  
Y Jasón le respondía:  
«Yo que te hechicé, Medea». 5

Sobre los varios méritos de las mujeres

Del precio de las mujeres  
son varios los pareceres:  
cada cual defiende el suyo.  
Yo que de disputas huyo,  
que nunca gustosas son, 5  
a todos doy la razón,  
y con todas me contento.  
Oíd hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea  
su dama hija de la aldea, 10  
de sencillo pecho y trato,  
y que no les dé el mal rato  
de artificiosos amores;  
que se salga a coger flores  
por el campo el mes de mayo, 15  
con ligero y pobre sayo  
que de sus abuelas fue...  
y tienen razón, a fe.

Otros de más alto porte  
quieren damas de la corte, 20  
con majestad y nobleza  
aun mayor que la belleza;  
con adorno y compostura,  
que dé brillo a su hermosura,  
con fausto y ostentación... 25  
Y a fe que tienen razón.

Unos gustan de sabidas  
(que «leídas y escritas»  
el vulgo suele llamar),  
y que sepan conversar 30  
del Estado, paz y guerra,  
del aire, agua, fuego y tierra,  
con la Gaceta y café...  
Y tienen razón, a fe.

Otros son finos amantes 35  
de las que son ignorantes,  
y que entregaron su pecho  
sin saber lo que se han hecho;  
que lloran al preguntar:  
«¿Qué cosa es enamorar?». 40  
«¿Y dónde está el corazón?»...  
Y a fe que tienen razón.

Unos aumentan su llama  
cuando es juiciosa la  
circunspecta, seria y grave, 45  
y que la crítica sabe  
del vos, del tú y del usté...  
Y tienen razón, a fe.

Otros, al contrario, quieren  
que las niñas que nacieren 50  
nazcan vivas y joviales,  
y se críen tan marciales,  
que de dos o tres vaivenes  
entreguen, sin más desdenes,  
las llaves del corazón... 55  
Y a fe que tienen razón.

Traducción de Catulo

De mi querida Lesbia  
ha muerto el pajarito,  
el que era de mi dueño

la delicia y cariño,  
a quien ella quería 5  
más que a sus ojos mismos.  
Llórenle las bellezas,  
llórenle cuantos hombres  
primorosos ha habido;  
porque era tan gracioso, 10  
y con tan bello instinto  
conocía a su dueño  
como a su madre el niño.  
Ya se estaba en su seno,  
ya daba un vulecito 15  
al uno y otro lado,  
volviendo al puesto mismo,  
su lealtad y gozo  
mostrando con su pico.  
Ahora va el cuitado 20  
por el triste camino  
por donde nadie vuelve  
después de haber partido.  
¡Oh!, ¡mal haya, mal haya  
vuestro rigor impío, 25  
tinieblas destructoras,  
crüeldad del abismo!,  
que destruyendo al mundo,  
también habéis sabido  
arrebatar de Lesbia 30  
el pájaro querido.  
¡Oh malvados rigores!  
¡Oh triste pajarillo!,  
que causan a mi Lesbia  
duro llanto continuo, 35  
quitando a sus ojuelos  
aquel hermoso brillo.

De los amores de varios poetas

Anacreónica

Ovidio amó a Corina  
como Tibulo a Delia,  
a su Cintia Propercio

y Catulo a su Lesbia;  
y a venideros siglos 5  
dijeron sus ternezas.  
También fueron amantes  
los modernos poetas;  
testigos son los nombres  
que en las frescas riberas 10  
del Támesis, del Tíber,  
del Tajo y de la Sena  
llevan alegres nombres  
de felices bellezas  
amadas por los hijos 15  
del dios que en Delfos reina...  
Y yo quiero a mi Filis;  
y si ellos me superan  
en la dulce armonía,  
mi alma se consuela 20  
porque Filis las vence  
a todas en belleza,  
y lo que por mí pierdo,  
vengo a ganar por ella.

Retráctase el poeta de las injurias que dijo al amor en el mismo metro

Amor, yo te injurié, lleno de penas,  
cuando Filis me hirió con sus rigores;  
pero ha vuelto a mi pecho sus favores,  
vuélveme a echar tus lazos o cadenas  
hechas de suaves flores. 5

El precipicio que pintó mi pena  
su peligro y tropel me ofrece en vano.  
Filis me vuelve a amar. Dame tu mano  
y llévame al placer; su senda amena  
es prado fresco y llano. 10

El vaso que arrojé cuando, afligido,  
su licor discurrí ser venenoso,  
vuelve a embriagar mi pecho ya gozoso;  
ya lo vuelvo a gustar, ¡ay dios Cupido!  
Es néctar delicioso. 15

Los vientos que en tu mar turban las aguas,  
y yo juzgué ser fieros septentriones,  
ya veo son ligeras mutaciones  
o soplos con que enciendes más tus fraguas  
y nuestros corazones. 20

Las que llamó serpientes mi injusticia,  
y llevan la deidad de la hermosura,  
me han vuelto a deleitar con su blancura;  
palomas son sin hiel y sin malicia,  
y llenas de ternura. 25

Vengan, amor, tu lazo y tu firmeza;  
llévame al templo, dame tu bebida.  
Tu soplo aliente mi alma enternecida,  
y pon de las palomas la ternura  
en mi Filis querida. 30

#### Anacreóntica

Unos pasan, amigo,  
estas noches de enero  
junto al balcón de Cloris,  
con lluvia, nieve y hielo.  
Otros la pica al hombro, 5  
sobre murallas puestos,  
hambrientos y desnudos,  
pero de gloria llenos.  
Otros al campo raso,  
las distancias midiendo 10  
que hay de Venus a Marte,  
que hay de Mercurio a Venus.  
Otros en el recinto  
del lúgubre aposento,  
de Newton o Descartes 15  
los libros revolviendo.  
Otros contando ansiosos  
sus mal habidos pesos,  
atando y desatando

los antiguos talegos. 20  
Pero acá lo pasamos  
junto al rincón del fuego,  
asando unas castañas,  
ardiendo un tronco entero,  
hablando de las viñas, 25  
contando alegres cuentos,  
bebiendo grandes copas,  
comiendo buenos quesos.  
Y a fe que de este modo  
no nos importa un bledo 30  
cuanto enloquece a muchos,  
que serían muy cuerdos  
si hicieran en la corte  
lo que en la aldea hacemos.

#### Anacreóntica

Pues Baco me ha nombrado  
virrey de dos provincias,  
que de todo su imperio  
son las que más estima;  
pues ya siguen las leyes 5  
que mis labios les dicta  
de Jerez los majuelos,  
de Málaga las viñas,  
cobremos los tributos  
de las uvas más ricas, 10  
y mis alegres sienes  
con pámpanos se ciñan;  
y salgan en mi obsequio  
las cubas más antiguas;  
y que vengan bien llenas 15  
y vuelvan bien vacías.  
Canten mis alabanzas  
al son de las botijas,  
de jarros y toneles,  
con sus voces festivas, 20  
zagales y zagalas  
de toda Andalucía,  
y cuantos asistieron  
a la última vendimia.  
Digan «¡Viva el virrey!» 25  
que Baco les envía;

y si acaso a su canto  
faltasen las letrillas,  
lo ya dicho cien veces  
otras ciento repitan; 30  
y toquen las botellas,  
y suenen las botijas.  
Y si logro dormirme  
entre parras sombrías,  
bebiendo y escuchando 35  
tan dulce melodía,  
¿qué me importa que mueran,  
con pobreza o riqueza,  
con susto o alegría,  
cuantos otros virreyes 40  
la fortuna destina,  
los unos a la Europa,  
los otros a las Indias?

#### Anacreónica

Por no sé qué capricho,  
Filis juró olvidarme.  
Pasados pocos días  
hizo otra vez las paces.  
Pero fue tan gustoso 5  
aquel feliz instante,  
que le digo mil veces:  
«Filis, vuelve a olvidarme,  
con tal que a pocos días  
vuelvas a hacer las paces». 10

#### Anacreónica

Me admiran en Lucinda  
aquellos ojos negros;  
en Aminta los labios,  
en Cloris el cabello,  
la cintura de Silvia, 5

de Cintia el alto pecho,  
la frente de Amarilis,  
de Lisi el blanco cuello,  
de Corina la danza  
y de Nise el acento. 10  
Pero en ti, Filis mía,  
me encantan ojos, pelo,  
labios, cintura, frente,  
nevado cuello y pecho,  
y todo cuanto escucho, 15  
y todo cuanto veo.

#### Anacreónica

Cuando vuelvo de lejos  
hallo a Filis más linda  
y cuando estoy presente  
siento dejarla un día.  
Venus, haz un portento 5  
en esta Filis mía,  
y es que me ausente de ella  
sin perderla de vista.

#### Traducción de Horacio

Lejos, lejos de mí, vulgo profano.  
Oídme, gentes, metros nunca oídos  
que como sacerdote de las musas  
a las vírgenes canto y a los niños.  
Los pueblos temen a sus sacros reyes, 5  
y los reyes también tiemblan rendidos  
ante el excelso trono del gran Jove,  
a cuyo ceño el cielo y el abismo  
se mueve obedeciendo, y cuya mano  
aterró a los gigantes atrevidos. 10

Carta escrita desde una aldea de Aragón a Ortelio, que había adivinado la melancolía del poeta

Pastor ingenioso,  
Ortelio discreto,  
¿cómo has acertado  
la vida que llevo?  
¿Qué estrella te dijo 5  
(pues lees en los cielos)  
la vida que paso,  
cargada de tedio?  
Desde que del hado,  
conmigo severo, 10  
la mano tirana  
firmó mi decreto,  
no he visto la cara  
serena al consuelo.  
El cielo se muestra 15  
airado y tremendo,  
las yerbas sus verdes  
matices perdieron,  
las aves no forman  
sus dulces conciertos, 20  
como acostumbraban,  
de armoniosos metros.  
Del sueño no grato  
cuando me despierto,  
sólo oigo la ronca 25  
voz del negro cuervo,  
murciélago triste,  
gavilán siniestro,  
o de otros iguales,  
para mal agüero; 30  
ni sueño gustoso  
cosas de contento.  
Sólo se aparecen  
(si alguna vez duermo)  
imágenes tristes 35  
de horroroso aspecto.  
Si salgo a los campos  
a hablar con los ecos,  
los ecos se espantan  
de mi devaneo, 40  
y nunca repiten  
de tales lamentos  
las sílabas duras,

con cuyo desprecio,  
andando en el aire, 45  
se las lleva el viento.  
Ya de los ganados  
olvido el gobierno;  
se van mis ovejas  
por donde no quiero; 50  
ni sirve llamarlas,  
porque con desprecio  
al amo insensato  
perdieron el miedo.  
Tal vez a la orilla 55  
de algún arroyuelo  
a llorar mis cuitas  
acudo indiscreto.  
De verle tan libre  
y verme tan preso 60  
de verle cuál corre  
por el campo fresco,  
y ver cuál la suerte  
me tiene sujeto,  
me aparto más triste 65  
y él se va más bello,  
habiendo tomado  
notable incremento  
con el llanto mío.  
(¡Oh!, quieran los cielos 70  
que seas tú solo  
quien saque provecho  
de esta ausencia mía,  
arroyo discreto.)  
Si acaso mi flauta 75  
entona algún metro,  
resuenan tristezas  
que arroja mi pecho.  
Si de otros pastores  
las danzas presencio, 80  
advierto mudanzas;  
y como las temo,  
del pecho, que sabes,  
el baile aborrezco.  
Si llevo a la mesa, 85  
es vano el intento  
de probar manjares:  
ninguno apetezco.  
Los otros pastores,  
que advierten mi tedio, 90  
me ofrecen en vano  
algún alimento.  
Entonces, amigo,

comer plantas suelo,  
o frutas del campo, 95  
o leches o quesos;  
porque son comidas  
de poco aderezo,  
y son naturales,  
como mis afectos. 100  
Del agua más pura  
alguna vez bebo  
de una clara fuente,  
clara como el pecho  
que a beber se inclina; 105  
y en su puro espejo  
de horrores me espanto  
cuando considero  
mi cara, ¡qué adusta!,  
mis ojos, ¡qué muertos!, 110  
mi boca, ¡qué triste!,  
mis labios, ¡qué secos!  
¡Y en tantas mudanzas  
que padece el cuerpo,  
mi espíritu el mismo, 115  
y el mismo mi afecto  
que cuando solía  
mirarme sereno  
(Ortelio, ¡deliro!)  
en aquel espejo 120  
tan limpio, tan puro,  
tan claro, tan terso,  
en que yo veía,  
de placeres lleno,  
alegres mis ojos, 125  
mi rostro halagüeño,  
mi boca chistosa,  
mis labios parleros,  
diciendo ternuras  
y dulces requiebros 130  
que oía gustoso  
mi adorado dueño,  
su vuelo tomaron  
las alas del tiempo!  
¡Cupido, las tuyas 135  
no sigan tal vuelo!  
Los días felices  
se pasaron luego,  
apenas sentidos,  
cual soplo ligero 140  
de céfiro suave  
que convida al sueño.  
Y los tristes días

que al presente veo  
son nortes furiosos, 145  
cuyo soplo adverso  
arranca las peñas,  
deshace los techos,  
destruye los campos,  
anuncia el invierno, 150  
destruye el rebaño  
de tristes corderos.  
En vano acostumbro  
con piadoso celo  
al ara de Jove, 155  
el padre supremo,  
llevar la pregunta  
de si este tormento  
que así me aniquila  
ha de ser eterno. 160  
Más dudas suscita  
su oráculo incierto,  
hasta que en furores  
se convierte el tedio;  
y pido a los dioses 165  
fulminen del cielo  
centellas y rayos  
de horroroso estruendo,  
que negras cenizas  
reduzcan mi pecho 170  
(asunto bien fácil,  
pues ya lo está haciendo,  
de amor y venganza  
unido el incendio).  
Ya pido a la tierra, 175  
más blanda que el cielo,  
que abriendo sus bocas,  
puertas del averno,  
me trague y sepulte  
en su horrendo seno. 180  
Ya desesperado  
de no hallar consuelo,  
al mar yo me arrojo  
con mortal intento;  
sus olas, que huyen 185  
de mi ardiente incendio,  
me vuelven a echar  
a la orilla luego,  
sin siquiera darme  
el corto consuelo 190  
de que con sus aguas  
se apague mi incendio.  
Ya busco a las fieras,

de quienes deseo  
ser víctima triste; 195  
y quieren los cielos  
se ablanden sus furias  
y no mi tormento.  
Ya suelen los dioses,  
inmortales dueños 200  
de los corazones,  
templar mis desvelos  
por pocos instantes,  
y en ellos contemplo  
la fuerza del hado, 205  
que así lo ha dispuesto;  
que el hombre no puede,  
por débil y necio,  
frustrar de los dioses  
los altos decretos. 210  
Entonces confuso  
y de dudas lleno,  
consuelo mis cuitas  
diciendo a mi Ortelio:  
«Pastor ingenioso, 215  
Ortelio discreto,  
¿cómo has acertado  
la vida que llevo?  
Escatro, el pastor  
a quien tanto quiero, 220  
te envía expresiones  
dignas de su pecho.  
Por Jove te juro  
(y debes creerlo  
porque yo lo digo, 225  
aun sin juramento)  
que tu amado nombre,  
que el nombre de Ortelio,  
que nombre tan caro  
será mi consuelo, 230  
mientras haya estrellas  
en el firmamento,  
flores en el campo,  
frutas en los huertos,  
llantos en mis ojos 235  
y en mi alma duelos.  
Adiós, ¡oh mi amigo!,  
otra vez y ciento,  
adiós te repite  
mi corazón necio 240  
en la despedida  
de un amado objeto».

## Mudanzas de la suerte

Es cosa natural  
trocar el bien en mal;  
y sucede también  
trocar el mal en bien

### Ejemplo primero

Con vengativa y poderosa mano  
el padre y rey supremo  
de hombre y dioses, Jove soberano,  
tantos rayos vibró como hay estrellas  
en su mansión divina; 5  
y en uno y otro extremo  
del orbe estremecido  
cayeron las centellas.  
Óyese el cruel rüido,  
temiose la rüina, 10  
y los hombres creyeron que reinaba  
aquel cuyo furor les espantaba.

Los límites rompió del mar salado  
el dios a quien fue dado  
el imperio del mar y el gran tridente, 15  
y donde templo y gente  
y campo y monte había;  
hasta aquel crudo y horroroso día  
hicieron resonar con tristes sonos  
sus retorcidas conchas los tritones. 20

¡Triste mortal!, creyeras,  
si aquel estrago vieras,  
que de peces la inmensa muchedumbre  
de Guadarrama andara por la cumbre,

que apenas pasan las ligeras aves; 25  
y aun más juzgaras que las grandes naves  
(como la que tremola  
la bandera española,  
del nombre de Filipo guarnecida  
y del inglés Matheus tan temida) 30  
pasaran por las ásperas montañas  
de nevada cabeza  
con que naturaleza  
la Europa separó de las Españas.

También soltó la rienda a su elemento 35  
el que contiene uno y otro viento  
en una cueva, cuya sacra puerta  
solamente fue abierta  
por complacer a la divina hermana  
de Jove, que tirana 40  
las naves del troyano perseguía;  
y Vulcano, a quien poco parecía  
forjar los rayos para el dios tonante,  
cien vesubios produjo en un instante.  
Y ardió la mar y el cielo, y aire y tierra, 45  
y cuanto el orbe encierra,

¡Con qué terror los míseros mortales  
temblaron y lloraron  
el cúmulo de males  
que juntos los cercaron! 50  
¿Nada valió contra el peligro y susto  
la ciencia al sabio, la virtud al justo?  
¿Qué fin tuvo, decid, el día aciago,  
oh musas que pintasteis este estrago?  
Pasó la tempestad, calmose el día, 55  
y se trocó el terror en alegría.

### Ejemplo segundo

Por industria de sabios profesores  
y trabajo de esclavos bien premiado,  
está ya preparado,  
con extraños primores,  
el soberbio salón para las fiestas. 5  
Con lujo están dispuestas  
las mesas, con licores y manjares

traídos por los mares  
de cuanta tierra yace diferente  
desde el umbral del sol hasta occidente. 10

Los vasos de oro y los de bronce (tales,  
que el arte es superior a los metales),  
los de piedras preciosas,  
y los adornos varios  
(despojo bien ganado a los contrarios) 15  
coronados de rosas  
cubren las mesas, llenan las memorias  
de batallas, trofeos y victorias.

La música de bélicos acentos  
mezclados con süaves instrumentos, 20  
que alternan de la corte y la campaña  
los gustos y la saña,  
o ya tierna o ya grave  
aplaude el nombre invicto del que sabe,  
guardando la memoria de la guerra, 25  
gozar los bienes que la paz encierra;  
junta con nuevo arte  
tus gustos, Venus, tus venganzas, Marte.

¡Con qué bella arrogancia  
aguardan ya las ninfas el momento 30  
que ha de romper lo dulce de su acento,  
por el aire ocupado con odores,  
o ya de pomos de sutil fragancia,  
o ya de suaves flores!  
Unas a otras se miran, 35  
se envidian y se admiran;  
no porque envidia rigurosa sientan,  
sino por el anhelo  
con que todas intentan  
levantar hasta el cielo 40  
el nombre victorioso  
del héroe que en un carro primoroso  
(que fue de un grande príncipe vencido)  
llega ya rodeado y conducido  
de un séquito de nobles que a su lado 45  
habían noblemente peleado.  
En medio de una turba de doncellas  
de tierna edad y de beldad cumplida,  
que anuncian su venida,  
llega Flora, mayor que todas ellas; 50  
como en el fresco prado

de flores esmaltado  
se distingue la rosa.

Él llega, y ella presurosa...  
¿Pero qué es lo que admiro? 55  
¿Si será realidad lo que yo miro?  
Cuando creí que el gusto,  
la pompa, la delicia, la hermosura,  
los placeres, la música, la danza...  
¡Qué poco el gozo dura! 60  
¡Qué súbita mudanza!  
¡Cómo se trueca en susto  
lo que nos fue más grato!  
¿Pues qué fin tuvo el célebre aparato?  
El héroe quiso hablar, y de repente 65  
le acometió, feroz, un accidente,  
y se murió. Gimió toda la sala  
y en luto se trocó toda la gala.

### Sobre no querer escribir sátiras

Ciertos hombres adustos,  
llenos de hipocondría,  
que vinculan sus gustos  
en desterrar del mundo la alegría,  
como amantes por otros despreciados, 5  
sabios empobrecidos,  
poderosos caídos,  
hijos malos o padres mal casados,  
me dicen que dejando la ternura  
con que mi musa sabe 10  
cantar con tono suave  
tus gustos, Baco, Venus, tu hermosura,  
en vez de celebrar estos placeres,  
hable mal de los hombres y mujeres;  
sin reparar el labio enfurecido 15  
de esta implacable gente  
que a todo hombre viviente,  
en cualquiera lugar que haya nacido,  
sea iroqués o patagón gigante,  
fiero hotentote o noruego frío, 20

o cercano o distante,  
le miro siempre como hermano mío,  
recibiendo en mi seno  
al malo con piedad, con gusto al bueno.  
Lejos de contentarme, 25  
prosiguen con más fuerza en incitarme  
a que deje los huertos y las flores,  
pastoras y pastores,  
viñas, arroyos, prados,  
ecos enamorados, 30  
la selva, el valle, la espesura, el monte,  
y que no inste al dulce Anacreonte,  
al triste Ovidio, al blando Garcilaso,  
a Catulo amoroso, a Lope fino,  
ni a Moratín divino, 35  
que entre éstos tiene asiento en el Parnaso;  
sino que la tranquila musa mía  
de paloma que fue, se vuelva harpía;  
que los vicios pondere con fiereza,  
que haga gemir a la naturaleza 40  
bajo los golpes de mi ingrata mano.  
Con esto todos a cual más ufano  
me refieren los vicios de los hombres  
con horrorosos nombres,  
como astucia, rencores, inconstancia, 45  
bajeza, tiranía,  
codicia y arrogancia,  
traición, ingratitud e hipocresía.  
Pero así como tiemblan sorprendidos  
los villanos de un pueblo, acostumbrados 50  
a su quietud, cuando la vez primera  
penetra sus oídos  
la música guerrera,  
cuando llegan soldados  
de rostros fieros y de extraños trajes, 55  
con estrépito horrendo  
de hombres y caballos y equipajes,  
y se dividen con igual estruendo  
por la pequeña plaza en cortos trozos;  
y los viejos refieren a los mozos 60  
que aquellos hombres matan a la gente  
y se comen los niños fieramente;  
y cada madre esconde y encomienda  
a su dios tutelar la dulce prenda  
del matrimonio santo; 65  
pues así yo, con no menor espanto,  
oí los nombres y ponderaciones  
de vicios y pasiones  
de que tal vez privados no se hallaban  
los mismos que en los otros los tachaban. 70

Y vi que el solo digno de censura  
es el que ponderarlos más procura  
sin otro fin que el ostentar ingenio  
en la mordacidad, ira y rencores;  
y así vuelvo a cantar, según mi genio, 75  
tus viñas, Baco; Venus, tus amores.

### Letrilla

¿Pero a mí qué se me da?  
Maldita de Dios la cosa.

Llora el joven heredero  
del padre anciano la muerte,  
porque no dejó más fuerte  
el talegón del dinero;  
pero mira placentero 5  
la comitiva llorosa  
que al cuerpo cantando está:  
¿Pero a mí qué se me da?  
Maldita de Dios la cosa.

Aquel que en el coche ves 10  
mirar a todos con ceño,  
dé gracias a un extremeño  
que hubo por nombre Cortés;  
que si no, bien al revés  
su persona fastidiosa 15  
iría de lo que va:  
¿Pero a mí qué se me da?  
Maldita de Dios la cosa.

Dícele la hermosa al viejo:  
«Llega, dulce prenda mía; 20  
¡qué dichosa me creería  
si tú fueras mi cortejo!».  
Y él, a pesar del espejo,

a la niña mentirosa  
casi creyéndola está: 25  
¿Pero a mí qué se me da?  
Maldita de Dios la cosa.

### Canción de un patriota retirado a su aldea

Para defensa suya  
produce nuestra España  
los caballos del Betis  
y el fierro de Cantabria,  
y sangre antigua goda, 5  
que ansiosa se derrama  
si su patria lo pide  
y si su rey lo manda;  
y para su regalo  
la fruta delicada, 10  
pescados de sus costas,  
que entrambos mares baña,  
y tesoros de Baco  
en Málaga y Peralta,  
en Jerez y Tudela, 15  
y en la vecina Mancha.  
Pues ea, amigos míos,  
mientras quieren las altas  
deidades protectoras  
de la feliz España 20  
darnos la paz tranquila  
que gozan las labranzas,  
las viñas y los huertos,  
los rebaños y casas,  
vivamos, y gocemos 25  
cuanto con mano franca  
nos da naturaleza,  
en los otros avara.  
Venid, venid alegres,  
zagales y zagalas, 30  
con castañuelas, triples,  
panderos y guitarras;  
llegaos a mi choza,  
humilde pero grata,  
donde faltan adornos 35  
pero gustos no faltan.

De este lado los chicos,  
y de éste las muchachas,  
y aquí junto a mi puerta  
los ancianos y ancianas 40  
lloren de gozo viendo  
a sus proles amadas.  
Cantad alegres sonos,  
bailad alegres danzas,  
mientras que se disponen 45  
las rústicas viandas  
y del vino más rico  
veinte botas se sacan;  
jamones de Galicia,  
cecina de Vizcaya, 50  
olivas de Sevilla,  
y de Aragón manzanas.  
Cantad antiguas letras,  
sin justicia olvidadas,  
como a vuestras abuelas 55  
las suyas las cantaban.  
Decid cómo Rodrigo,  
el último monarca,  
pero el más infelice  
de la goda prosapia, 60  
se perdió por amores  
de la malvada Cava,  
y a manos de africanos  
dejó perdida España,  
quedando en cautiverio 65  
sus provincias cuitadas.  
Decid cómo Pelayo  
salió de las montañas  
con la gente que tuvo,  
que era poca y honrada. 70  
Cantad de Don Alfonso,  
a quien el Casto llaman,  
y que negó el tributo  
de niñas desgraciadas  
que al malvado rey moro 75  
los cristianos pagaban.  
Decid cómo ellas mismas,  
con varonil jactancia,  
al lado de los hombres  
esgrimían las armas, 80  
y cómo todas ellas  
a los hombres llamaban  
cobardes, cuando huían,  
amantes, si triunfaban.  
Y así por varios trozos 85  
los fastos de la patria

decid con voz acorde,  
al son de vuestra danza.  
Que yo también quisiera,  
si no me lo estorbaran 90  
lo flaco de mi cuerpo,  
los años y las canas,  
juntar con vuestros tonos  
la voz de mi garganta.  
Pero en medio de todos, 95  
en esta silla blanda  
que fue de mis abuelos  
y a mis biznietos pasa,  
oiré vuestras canciones  
y veré vuestras danzas; 100  
y al que excediere a todos  
en la voz más gallarda,  
en baile más airoso,  
sin ser de envidia causa,  
daré el debido precio, 105  
y al cielo justas gracias  
porque sobre vosotros  
tales dones derrama.  
Bailad, cantad contentos,  
si dura la paz santa. 110  
Y si Marte os turbare  
con su horrorosa saña,  
sonando sus trompetas  
y tocando sus cajas,  
dejad esos placeres 115  
y acudid a la armas;  
que para su defensa  
produce nuestra España  
los caballos del Betis,  
el hierro de Vizcaya 120  
y sangre antigua goda  
que alegre se derrama,  
si su patria lo pide  
y si su rey lo manda.

### Anacreóntica

Los que no saben, Baco,  
lo que abarca tu reino,  
juzgan que no pasastes

los altos Pirineos,  
y piensan que en España 5  
no tienen grandes templos  
donde acudan gustosos  
los nobles y plebeyos.  
Como en otros países,  
tu nombre es grato en estos, 10  
sólo que con más brindis  
se hace menos estruendo.  
Las horas que en su curso  
consume el dios de Delfos,  
con una sola copa 15  
gasta el bello flamenco,  
como el francés sociable  
y el alemán guerrero;  
pero los españoles  
de otro modo lo hacemos, 20  
y como es taciturno  
y grave nuestro genio,  
bebemos y callamos,  
callamos y bebemos;  
y algunos, que desechan 25  
usos de antiguos tiempos,  
cantan tu nombre y beben  
condenando el silencio.  
Y tú viste a mi Filis  
(sus primorosos dedos 30  
sosteniendo la copa)  
cantar tu nombre en versos  
que tal vez yo compuse  
por ti y por ella a un tiempo.  
Por cierto que en sus ojos 35  
brillaban dobles fuegos:  
con los tuyos, oh Baco,  
los de la bella Venus.  
Y yo, que de uno y otro  
tenía el pecho ardiendo, 40  
repetía las copas,  
doblaba los requiebros.  
Pues qué ¿yo no cantaba?  
Qué ¿no cantaba Ortelio,  
ausente de su Lisi, 45  
por no aclarados celos?  
Pues qué ¿no repetía  
los báquicos acentos  
la sala del banquete  
con sus nocturnos ecos? 50  
Publica, pues, al mundo,  
que tienes ara y templos  
desde el Pirene altivo

hasta el hercúleo estrecho,  
mientras que yo publico 55  
tu gloria al universo  
con jerezanas cubas  
y castellanos versos.

### Anacreóntica

Vivamos, dulce amigo,  
mirando con desprecio  
los aparentes gustos  
de los ricos soberbios;  
dejemos que se miren 5  
con recíproco miedo,  
y con mutuas traiciones  
doren crudos venenos;  
que abunden en sus casas  
la pompa y el recreo, 10  
mientras abundan sustos  
y fraudes en su pecho;  
que el vínculo reciban  
de un violento Himeneo,  
que privará a su almas 15  
de amores verdaderos.  
Tengan endeble hijos,  
a quienes hacen necios  
lisonjas de criados,  
inciensos de vil pueblo; 20  
y mueran engañados,  
gozoso el heredero,  
que quiere, más ansioso,  
quitarles hasta el tiempo.  
Diga después el mármol 25  
a siglos venideros  
lisonjas que no creen  
los del presente tiempo.  
Y esta serie precisa  
a los sabios dejemos, 30  
para que ufanos luzcan  
sus disgustos severos,  
mientras humildes gustos,  
y por tanto más ciertos,  
de nuestra corta vida 35  
ocupan los momentos;

y la amistad sagrada  
hermane nuestros pechos,  
como hermanan las musas  
nuestros gustos y versos 40  
en sencillos banquetes  
que sazona el afecto.  
Pase, sin ser sentido,  
el carro del dios Febo,  
y prosigan los gozos, 45  
las risas y el festejo,  
hasta que vuelva Apolo  
segundo giro al cielo,  
guiándonos Cupido  
a gozos más amenos 50  
con Filis y Dorisa,  
que ocupan nuestros pechos.  
Y sin cuidarnos mucho  
de que lejanos nietos  
transmitan a los siglos 55  
los apellidos nuestros,  
contando nuestras obras,  
gozosos moriremos,  
cubriendo nuestras tumbas  
los buenos compañeros 60  
con pámpanos de Baco  
y con mirtos de Venus;  
y en los vecinos troncos  
grabarán un letrero  
que diga lisamente 65  
cosas que merecemos,  
versos que compusimos  
y que aplaudieron ellos.  
Zagales y zagalas  
de los vecinos pueblos 70  
vendrán a nuestra tumba  
con flautas y panderos;  
no con lúgubres voces  
resonarán los ecos,  
sino con dulces tonos 75  
y con alegres metros.  
Porque sabrán, sin duda,  
los que nos conocieron,  
que nunca nos llenaron  
ambiciosos deseos; 80  
que no fuimos traidores,  
avaros ni perversos.  
Esto cantará a todos  
el respetable Ortelio,  
de Venus y de Baco 85  
sacerdote completo;

y con su barba cana  
y con su grave aspecto,  
beberá grandes copas,  
dirá sabrosos versos, 90  
captándose de todos  
el amor y el respeto,  
cual entre alegres faunos  
y sátiros traviosos,  
Silenos fue querido 95  
(aquel viejo Sileno  
que fue del mismo Baco  
admirado maestro).  
Y después que consuman  
los que al templo vinieron 100  
la leche blanca y fría,  
el vino tinto y viejo,  
se volverán cantando,  
así como vinieron,  
hasta que doce meses 105  
pasados, vuelva al puesto,  
con igual comitiva  
y con igual afecto,  
Ortelio, y que repita  
a ninfas y mancebos: 110  
«Cantad, que de Dalmiro  
y Moratín los cuerpos  
en esta tumba yacen.  
Detente, pasajero,  
que aquí yacen los hijos 115  
del süave Anacreon».

Renunciando al amor y a la poesía lírica con motivo de la muerte de  
Filis

Soneto

Mientras vivió la dulce prenda mía,  
amor, sonoros versos me inspiraste;  
obedecí la ley que me dictaste,  
y sus fuerzas me dio la poesía.

Mas, ¡ay!, que desde aquel aciago día 5  
que me privó del bien que tú admiraste,  
al punto sin imperio en mí te hallaste,  
y hallé falta de ardor a mi Talía.

Pues no borra su ley la Parca dura  
(a quien el mismo Jove no resiste), 10  
olvido el Pindo y dejó la hermosura.

Y tú también de tu ambición desiste,  
y junto a Filis tenga sepultura  
tu flecha inútil y mi lira triste.

A la muerte de Filis

Anacreónica

En lúgubres cipreses  
he visto convertidos  
los pámpanos de Baco  
y de Venus los mirtos;  
cual ronca voz del cuervo, 5  
hiere mi triste oído  
el siempre dulce tono  
del tierno jilguerillo;  
ni murmura el arroyo  
con delicioso trino: 10  
resuena cual peñasco  
con olas combatido.  
En vez de los corderos  
de los montes vecinos,  
rebaños de leones 15  
bajar con furia he visto.  
Del sol y de la luna  
los carros fugitivos  
esparcen negras sombras  
mientras dura su giro. 20  
Las pastoriles flautas

que tañen mis amigos  
resuenan como truenos  
del que reina en Olimpo.  
Pues Baco, Venus, aves, 25  
arroyos, pastorcillos,  
sol, luna, todos juntos  
miradme compasivos;  
y a la ninfa que amaba  
al infeliz Narciso 30  
mandad que diga al orbe  
la pena de Dalmiro.

### Anacreóntica

Después de haber bebido  
anoche (como suelo),  
dormido en tiernas parras  
tuve un gustoso sueño.  
Soñé que el gran dios Baco, 5  
por dilatar su imperio,  
al Parnaso quería  
ganar a sangre y fuego.  
Cierta queja alegaba  
de que Virgilio, Homero, 10  
Tasso, Milton y Ercilla  
no le ofrecen sus versos,  
del todo dedicados  
a poemas guerreros  
de elevados asuntos 15  
y de pomposos metros.  
Juntó de sus bacantes  
muchos trozos soberbios  
que esgrimirán sus tirsos  
al son de sus panderos, 20  
y llenas de aquel jugo  
que en Málaga han dispuesto  
las manos de las ninfas  
de aquel bello terreno,  
ya daban fieros gritos 25  
y amenazas al eco,  
y con forzudas danzas  
disponían los cuerpos.  
Rodeado de faunos  
vino el viejo Sileno, 30

para más animarlos  
con su rostro y su acento;  
dijo del dios del vino  
los animosos hechos,  
cuando triunfó del Indo 35  
con sus armas y estruendo.  
Y a cada verso suyo  
ardía un nuevo fuego  
la tropa, deseosa  
de algún nuevo trofeo. 40  
Del mismo dios el carro  
llegó al campo, ligero;  
tiraban de él dos tigres  
feroces y sangrientos.  
A la falda del monte 45  
con furia acometieron,  
pero salió al camino  
el anciano Anacreon,  
y, mirándole, Baco  
detuvo a sus guerreros, 50  
y les dijo: «Por éste  
a todos perdonemos».  
Y en alabanza suya  
cantó coplas el viejo,  
y todos le abrazaron, 55  
y cantando se fueron.

A la primavera, después de la muerte de Filis

Soneto

No basta que en su cueva se encadene  
el uno y otro proceloso viento,  
ni que Neptuno mande a su elemento  
con el tridente azul que se serene;

ni que Amaltea el fértil campo llene 5  
de fruta y flor; ni que con nuevo aliento  
al eco den las aves dulce acento,  
ni que el arroyo desatado suene.

En vano anuncias, verde primavera,  
tu vuelta de los hombres deseada, 10  
triunfante del invierno triste y frío.

Muerta Filis, el orbe nada espera  
sino niebla espantosa, noche helada,  
sombras y sustos como el pecho mío.

#### Lamentos con motivo de la muerte de Filis

Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí!

#### Glosa

¡Oh!, musa (si acaso  
la hay tan infeliz,  
que esté destinada  
para presidir  
el llanto y gemido), 5  
venid, influid  
el tono más triste  
que se pueda oír:  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 10

Desde estos mis brazos  
en que yo la vi  
en días alegres  
mirarme y reír,  
la muerte alevosa, 15  
con sorpresa vil,

cortó de su vida  
el hilo sutil.  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 20

Los labios, muriendo,  
procuraba abrir  
para despedirse,  
sin duda, de mí;  
pero se secaron 25  
sin poder servir,  
cual rosa que muere  
pasado su abril.  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 30

Lo que no pudieron  
sus labios decir,  
quisieron sus ojos  
volviéndose a mí,  
pero en aquel punto 35  
cerrarse los vi,  
y yo sólo pude,  
turbado, decir:  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 40

De su fino pecho  
el blanco marfil  
en pálida cera  
convertirse vi,  
y en tristes colores 45  
aquel carmesí  
que de otras bellezas  
envidiado vi.  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 50

Decidme, deidades  
tiranias, decid:  
¿Sin la que fue mi alma  
cómo he de vivir?  
La molesta vida 55  
que me consentís  
después de su muerte,  
gastaré en decir:

Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 60

Si vuestros rigores  
podéis convertir  
en lágrimas justas,  
mis quejas oíd;  
y cual otro Eneas, 65  
que baje sufrid  
con la sacra rama  
al campo feliz.  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 70

De mi amada prenda  
la sombra sutil  
podré con mis brazos...  
¡Mas necio de mí!  
Su sombra quería 75  
con el brazo asir,  
cual si fuera cuerpo.  
¡Ay qué frenesí!  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí! 80

Cerbero, Aqueronte,  
las Furias en mí  
no pondrán asombros;  
mi voz infeliz  
ablandará a todos 85  
si me oyen decir:  
Mi Filis ha muerto  
¡Ay triste de mí!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

